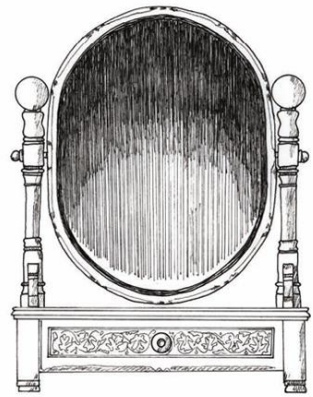
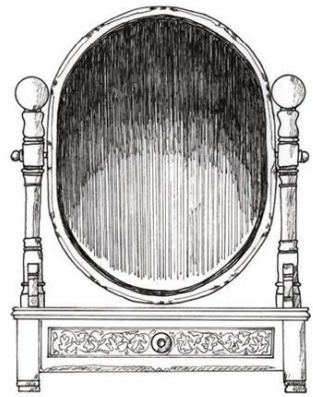


Montaigne

De la vanidad

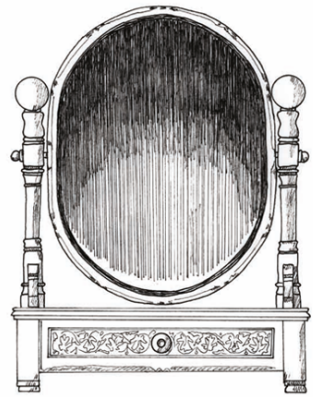
libros del
Zorzal



Montaigne

De la vanidad

libros del
Zorzal



Montaigne

De la vanidad

libros del
Zorzal

Montaigne

De la vanidad

libros del

Zorzal

Montaigne, Michel Eyquen de De la vanidad. - 1a ed. - Ciudad Autónoma d

Traducción: Ariel dilon

Ilustraciones de tapa y contratapa: María rabinovich

Título original: De la vanité

© Libros del Zorzal, 2006

Buenos Aires, Argentina

Esta obra fue publicada con el apoyo del Centre National du Livre / Ministerio Francés a cargo de la cultura. Ouvrage publié avec le soutien du Centre National du Livre / Ministère Français chargé de la culture.

Esta obra, publicada en el marco del Programa de Ayuda a la Publicación Victoria Ocampo, ha recibido el apoyo del Ministère des Affaires Etrangères y del Servicio Cultural de la Embajada de Francia en la Argentina. Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'Aide à la Publication Victoria Ocampo, bénéficie du soutien du Ministère des Affaires Etrangères et du Service Culturel de l'Ambassade de France en Argentine.

Libros del Zorzal

Printed in Argentina

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido

de De la vanidad, escríbanos a:

info@delzorzal.com.ar

www.delzorzal.com.ar

Acaso no exista más expresa vanidad que la de escribir tan vanamente sobre ella. Lo que tan divinamente la divinidad nos expresó al respecto[1] debería ser continua y cuidadosamente meditado por las personas de discernimiento.

¿Quién no ve que he tomado un camino por el cual seguiré, sin esfuerzo y sin pausa, mientras haya en el mundo papel y tinta? No puedo llevar a través de mis acciones el registro de mi vida: demasiado abajo las pone la fortuna; he de llevarlo por mis fantasías. Una vez vi a un gentilhombre que no comunicaba su vida sino por las operaciones de su vientre: en su casa se podía ver, en exhibición, una hilera de bacinillas de siete u ocho días; aquello era su estudio, sus discursos; cualquier otra declaración le repugnaba. Éstos son, más cortésmente, los excrementos de un viejo espíritu, a veces duro, a veces flojo, siempre indigesto. ¿Y cuándo terminaré de representar la continua agitación y mutación de mis pensamientos, en cualquier materia que recaigan, si seis mil libros llenó Diomedes con el solo asunto de la gramática? ¿Cuál no será el producto del parloteo, cuando la tartamudez y el desatar la lengua ahogaron al mundo con tan horrenda carga de volúmenes? ¡Tantas palabras sólo para las palabras! ¡Oh, Pitágoras[2], que no hayas conjurado también esa tormenta!

Se acusaba a un Galba de tiempos pasados de vivir ociosamente; él respondía que cada uno debe rendir cuenta de sus acciones, no de su reposo. Se equivocaba: pues la justicia conoce y reprueba igualmente a aquellos que retozan. Pero alguna coerción de las leyes debería haber contra los escritores inútiles e ineptos, como la hay contra los vagabundos y los holgazanes. Se los desterraría de las manos de nuestro pueblo, a mí con ellos y a otros cien. No es broma. La escribiduría parece ser el síntoma de un siglo de desbordes. ¿En qué circunstancia escribimos tanto como cuando nos hallamos perturbados?, ¿cuándo lo hicieron los romanos, sino en la hora de su ruina? Por otra parte, el refinamiento de los espíritus no significa su elevación en sensatez, dentro de una sociedad; esa ocupación ociosa nace de que cada uno se aferra indolentemente al ejercicio de su profesión, y con ello se envicia. La corrupción del siglo se compone de la contribución particular de cada uno de nosotros: unos proveen la traición, otros la injusticia, la irreligión,

la tiranía, la avaricia, la crueldad, conforme son más poderosos; los más débiles aportan la estupidez, la vanidad, la ociosidad: yo pertenezco a estos últimos. Parece que estuviésemos en temporada de cosas vanas, cuando las perjudiciales nos apremian. En un tiempo en el que el obrar malvadamente es tan común, actuar tan sólo inútilmente es casi loable. Me consuela saber que seré de los últimos a los que habrá que echarles la mano encima. Mientras haya que ocuparse de los más urgentes, yo me impondré la tarea de enmendarme. Pues me parece reñido con la razón perseguir los inconvenientes menores, cuando los grandes nos infestan. El médico Filotimo, a uno que le traía su dedo para que se lo curase y a quien por el rostro y el aliento le reconoció una úlcera en los pulmones, le dijo: “Amigo mío, no es momento de entretenerte con tus uñas”.

A este respecto, no obstante, hace algunos años he visto que un personaje cuya memoria tengo en singular estima, en medio de nuestros grandes males, cuando no había ni ley ni justicia, ni magistrado alguno que cumpliese con su deber más que cuanto los hay ahora, fue a publicar no sé qué insignificantes reformas sobre el vestir, la cocina y los pleitos. Con tales distracciones se apacienta a un pueblo maltratado para fingir que no se lo ha dejado del todo en el olvido. Hacen lo mismo aquellos que se detienen a defender a toda costa las formas de hablar, las danzas y los juegos de un pueblo extraviado en toda clase de vicios excecrables. No es tiempo de lavarse y de limpiarse cuando se ha caído víctima de una buena fiebre. Sólo los espartanos se peinan y se acicalan cuando están a punto de precipitarse en algún peligro extremo para sus vidas.

En cuanto a mí, tengo esta otra costumbre peor: si tengo un escarpín torcido, lo dejo más torcido aún, y mi camisa y mi capa con él; desdeño enmendarme a medias. Cuando estoy de mal talante, me encarnizo en el mal; me abandono por desesperación y me dejo ir hacia el abismo; echo, como se dice, el mango tras el hacha; me obstino en empeorar y ya no me considero digno de mi cuidado: o todo bien o todo mal.

Va en mi favor el hecho de que a la desolación de este Estado se une la desolación de mi edad: soporto de mejor gana que se recarguen así mis males, y no que mis bienes vengan a turbarse. Las palabras que expreso en la desgracia son palabras de despecho; mi

coraje se eriza en lugar de aplastarse. Y, al revés que los demás, me encuentro más devoto en la buena que en la mala fortuna, siguiendo el precepto de Jenofonte, aunque no su razón; y alzo más gustoso los tiernos ojos al cielo para agradecerle que para pedirle. Me esmero más en aumentar la salud cuando ella me sonríe, que en recuperarla cuando la he perdido. Las prosperidades me sirven de disciplina y de instrucción, como a los otros las adversidades y los azotes. Como si la buena fortuna fuese incompatible con la buena conciencia, los hombres no se tornan gentes de bien sino en la mala. La dicha es para mí un singular acicate de la moderación y la modestia. La plegaria me gana, la amenaza me repele; el favor me doblega, el temor me endurece.

Entre las condiciones humanas, ésta es bastante común: que nos gusten más las cosas ajenas que las nuestras, y amar el movimiento y el cambio.

Ipsa dies ideo nos grato perluit haustu

Quod permutatis hora recurrit equis.[3]

Yo soy de la partida. Aquellos que siguen el camino opuesto, el de complacerse en ellos mismos, el de estimar lo que tienen por encima del resto y no reconocer ninguna forma más hermosa que la que tienen ante sus ojos, si no son más avisados que nosotros, con seguridad son más felices. No envidio en absoluto su sabiduría, pero sí su buena suerte.

Esta avidez de cosas nuevas y desconocidas colabora a alimentar en mí el deseo de viajar, pero otras circunstancias concurren a ello. Me aparto de buen grado del gobierno de mi casa. Hay una cierta comodidad en mandar, aunque sea en una granja, y en ser obedecido por los suyos; pero es un placer demasiado uniforme y languideciente. Y además, por fuerza está mezclado con muchos pensamientos fastidiosos: unas veces la indigencia y la opresión del pueblo de uno, otras veces las querellas entre sus vecinos, otras las usurpaciones de las que se suele ser víctima:

Aut verberatæ grandine vineæ,

Fundusque mendax, arbore nunc aquas

Culpante, nunc torrentia agros

Sidera, nunc hyemes iniquas; [4]

y que en seis meses a duras penas enviará Dios una temporada con la que nuestro recaudador se contente a satisfacción, y que, si le sirve a las viñas, no arruine los prados:

Aut nimiis torret fervoribus ætherius sol,

Aut subiti perimunt imbres, gelidæque pruinæ,

Flabraque ventorum violento turbine vexant.[5]

Añádase el zapato nuevo y bien formado de aquel hombre de tiempos pasados, que nos lastima el pie[6], y que el forastero no entiende cuánto nos cuesta y nos exige el mantener la apariencia de ese orden que en nuestra familia se ve, y que tal vez lo compramos demasiado caro.

Me apliqué muy tarde a la economía doméstica. Aquellos a quienes la naturaleza había hecho nacer antes que yo me descargaron de ello por largo tiempo. Yo había adoptado otras costumbres ya, más a tono con mi temperamento. No obstante, por lo que he podido ver, es una ocupación más absorbente que difícil: cualquiera que sea capaz de otra cosa lo será de ésta con holgura. Si yo buscara enriquecerme, ese camino me parecería demasiado largo; iría a servir a los reyes, tráfico más fértil que cualquier otro. Puesto que no pretendo ganarme otra reputación que la de no haber ganado nada, ni la de haber disipado nada, conforme con el resto de mi

vida, tan inadecuada al obrar bien como al obrar mal, y que no procuro otra cosa que pasar, puedo hacerlo, a Dios gracias, sin demasiada atención.

En el peor de los casos, siempre se podrá recurrir al recorte de gastos frente a la pobreza. Es a lo que yo me atengo, y a reformarme antes de que ella me obligue. Por lo demás, he establecido en mi alma suficientes gradaciones para poder pasarla con menos de lo que tengo; quiero decir, pasar con satisfacción. Non aestimatione census, veram victu atque cultuterminatur pecuniae modus.[7] Mi auténtica necesidad no ocupa con tanta exactitud mis haberes como para que la fortuna no tenga dónde morderme sin dejarme en carne viva.

Mi presencia, ignorante y desdeñosa como es, le pone el hombro a mis asuntos domésticos; me dedico a ellos, aunque a despecho. Añádase que en mi hogar me ocurre que, para tirar la casa por una de las ventanas, por la otra no se ahorra nada.

Los viajes no me dañan sino por el gasto, que es grande y sobrepasa mis fuerzas; habiéndome acostumbrado a andar no sólo con el equipaje necesario, sino con el que autoriza la honradez, tengo que hacerlos tanto más cortos y menos frecuentes, y no empleo en ellos más que las sobras y mis reservas, aplazando y difiriendo, según cómo vengan. No quiero que el placer del paseo corrompa el placer del reposo; al contrario, pretendo que se alimenten y se favorezcan el uno al otro.

Puesto que mi principal inclinación en esta vida era vivirla perezosamente y más bien con indolencia que con empeño, la fortuna me ha ayudado al quitarme de encima la necesidad de multiplicar riquezas para proveer a la multitud de mis herederos. Si uno de ellos no tiene bastante de lo que yo tan abundantemente he tenido, peor para él; su imprudencia no merece que yo desee otra cosa.

Y que cada uno provea suficientemente a sus hijos, a ejemplo de Foción, que sólo los mantiene en la medida en que se le parecen.

De ningún modo sería yo de la opinión de Crates. Él dejó su dinero al cuidado de un banquero bajo esta condición: si sus hijos eran

unos tontos, que se lo diese; si eran astutos, que lo distribuyese entre los más humildes del pueblo. Como si los tontos, por ser menos capaces de arreglárselas, fuesen más aptos para gastar las riquezas.

Tanto es así que, mientras tenga cómo sobrellevarlo, no me parece que el perjuicio causado por mi ausencia merezca que me niegue a aceptar, cuando ellas se presentan, las ocasiones de distraerme de tan penosa asistencia. Siempre hay alguna cosa que se atraviesa. Los asuntos de una casa u otra vienen a importunar. Todo lo alumbra uno desde demasiado cerca; la propia perspicacia nos perjudica aquí al igual que en otras partes. Yo eludo las ocasiones de fastidio, y le doy la espalda al conocimiento de aquello que anda mal; y no obstante no puedo hacerlo tanto como para no tropezar a cada momento con algo que me desagrada. Las bribonadas que más me ocultan son aquellas que mejor conozco. Las hay que, para que hagan menos daño, tiene uno que ayudarse a sí mismo a ocultar. Vanas estocadas, vanas a veces, pero siempre estocadas. Las dificultades más menudas y esmirriadas son las más punzantes; y así como las letras pequeñas lastiman y cansan más los ojos, así nos aguijonean más los pequeños asuntos. La turba de los males menudos perjudica más que la violencia de uno solo, por grande que sea. Cuanto más tupidas y delgadas son esas espinas domésticas, se nos clavan de modo más penetrante y, sin mediar amenaza, fácilmente nos sorprenden desprevenidos.

Yo no soy filósofo: los males me oprimen según lo que pesan; y pesan por su forma tanto como por su materia, a menudo más. Mi conocimiento supera el del vulgo; así que tengo más paciencia. En fin, si los males no me hieren, me ofenden. Cosa delicada es la vida, y fácil de perturbar. Una vez que mi rostro se ha vuelto hacia el pesar, nemo enim resistit sibi cum cœperit impelli[8], por tonta que sea la causa que me haya llevado a él, con ello se irrita mi ánimo, que se alimenta y se exaspera con su propia agitación; atrayendo y amontonando uno sobre otro los asuntos en los que se ha de pastar.

Stillicidi casus lapidem cavat.[9]

Estas ordinarias goteras me devoran.

Los inconvenientes comunes nunca son leves. Son continuos e irreparables, especialmente cuando nacen de los miembros de la familia, constantes e inseparables.

Cuando considero mis asuntos de lejos y en líneas generales, encuentro, quizá por no tener una memoria nada exacta, que hasta ahora han ido prosperando más allá de mis cálculos y previsiones. Extraigo de ellos, me parece, más de lo que hay; su ventura me traiciona. Pero en cuanto me hallo en medio de la tarea, y veo caminar todas esas parcelas,

Tum vero in curas animum diducimur omnes,[10]

mil cosas me hacen temer y anhelar. Abandonarlas por completo me resulta muy fácil; abocarme a ellas sin causarme pesar, muy difícil. Es lastimoso encontrarse en un lugar donde todo lo que uno ve lo atarea y lo concierne. Y me parece que disfruto más alegremente de los placeres de una casa ajena, que gozo de ellos de manera más cándida. Diógenes respondió como yo, a aquél que le preguntaba qué clase de vino consideraba el mejor: el de los otros, dijo.

A mi padre le gustaba edificar en Montaigne, donde había nacido; y en toda esa organización de asuntos domésticos, yo me complazco en servirme de su ejemplo y de sus reglas, las cuales transmitiré en cuanto me sea posible. Si pudiese hacer algo mejor por él, lo haría. Me vanaglorio de que su voluntad todavía se ejerza y actúe a través de mí. No quiera Dios que yo deje flaquear entre mis manos alguna imagen de vida que pueda ofrendar a tan buen padre. Cuando me he aplicado a terminar algún viejo lienzo de pared y arreglar alguna pieza de la mampostería mal alisada, sin duda ha sido más en consideración de sus propósitos que de mi propia satisfacción. Y acuso a mi holgazanería de haber omitido perfeccionar los hermosos comienzos que él dejó en su casa; tanto más cuanto estoy en disposición de ser el último detentor de mi raza y de aplicarle la última mano. Pues en cuanto a mi dedicación particular, ni ese

placer de construir que consideran tan atractivo, ni la caza, ni los jardines, ni esos otros placeres de la vida retirada pueden entretenerme mucho. Es algo que me reprocho, como todas las otras opiniones que me resultan incómodas. Prefiero tener opiniones adecuadas y cómodas para la vida, antes que firmes y doctas: basta que sean útiles y agradables, lo cual las hace también sanas y verdaderas. Me afligen aquellos que, al oírme mencionar mi incapacidad para las gestiones domésticas, vienen a susurrarme al oído que eso no es otra cosa que desdén, que evito conocer los instrumentos de labranza, sus temporadas, su orden, cómo se elaboran mis vinos, cómo se injerta, y que ignoro el nombre y la forma de las hierbas y los frutos y el condimento de las carnes de las que vivo, el nombre y el precio de las telas con que me visto, para poner mi empeño en alguna ciencia más alta. Sería una estupidez, y más bien necedad que gloria. Me preferiría a mí mismo buen jinete y no buen lógico:

Quin tu aliquid saltem potius quorum indiget usus,

Viminibus mollique paras detexere junco?[11]

Atosigamos nuestro pensamiento con lo general y con las causas y conductas universales, que se conducen muy bien sin nosotros, y dejamos atrás nuestro modo de obrar y a Miguel, quien nos toca más de cerca aun que el hombre. Ahora bien, de ordinario yo me afinco en casa, pero querría estar más a gusto allí que en otra parte.

Sit meae sedes utinam senectae,

Sit modus lasso maris, et viarum,

Militiaeque.[12]

No sé si he de conseguirlo. Querría que en lugar de cualquier otra

parte de su sucesión, mi padre me hubiese legado ese amor apasionado que en sus años ancianos consagraba a los asuntos de su casa. Estaba muy feliz de concentrar sus deseos en su fortuna, y de saber contentarse con lo que tenía. Aun cuando la filosofía política me acusase de bajeza y esterilidad a causa de mi ocupación, ojalá pudiese alguna vez tomarle el gusto como él. Soy de la opinión de que el oficio más honorable es el de servir al público y ser útil a muchos. Fructus enim ingenii et virtutis omnisque praetantiae tum maximus accipitur, cum in proximum quemque confertur.[13] En lo que a mí respecta, me aparto de ello: primero por conciencia (pues allí donde veo el peso que gravita sobre tales profesiones, también veo los escasos medios que tengo para ejecutarlas; y Platón, maestro de obras en todo gobierno político, no dejó nunca de abstenerse), pero también por cobardía. Me contento con disfrutar del mundo sin apremio, con vivir una vida apenas excusable, y con que sólo no me pese ni a mí ni a los demás. Jamás hombre alguno se dejó ir tan completamente y con tanto abandono al cuidado y gobierno de un tercero como lo haría yo si tuviese de quién. Uno de mis anhelos para esta hora sería el de encontrar yerno que supiese cebar mi vejez y adormecerla, entre cuyas manos con toda soberanía depositase yo la conducción y el uso de mis bienes; que hiciera de ellos lo que yo hago y obtuviera de mí lo que obtengo de ellos, con tal de que aportase un ánimo verdaderamente agradecido y amigo. Pero ¿cómo? Vivimos en un mundo en el que la lealtad de los propios hijos es desconocida.

Aquel que tiene la custodia de mis fondos durante mis viajes la tiene completa y sin control: me engañaría de todos modos al hacer las cuentas; y si no se trata de un diablo, lo obligo a obrar bien por medio de tan despreocupada confianza. Multi fallere docuerunt, dum timent falli, et aliis jus peccandi suspicando fecerunt[14]. La seguridad más común que obtengo de los míos, es el desconocimiento. No presumo los vicios sino después de haberlos visto, y me fío más de los jóvenes, a quienes estimo menos estropeados por el mal ejemplo.

Prefiero oir decir, al cabo de dos meses, que he disipado cuatrocientos escudos, que sentir azotar mis orejas todas las noches por tres, cinco, siete. Sin embargo, he sido despojado por esta clase de hurtos tan poco como cualquier otro.

Es verdad que le doy una mano a la ignorancia: alimento un poco adrede el conocimiento turbio e impreciso de mi dinero; en cierta medida me satisface poder dudar. Hay que dejarle un poco de espacio a la deslealtad o la imprudencia de nuestro criado. Si en términos generales nos queda bastante para solventar nuestros fines, ese excedente de la liberalidad de la fortuna, dejémoslo correr un poco más a su discreción: la porción del buscavidas. Después de todo, no aprecio tanto la fidelidad de mi gente como desprecio su agravio. Oh, el vil e imbécil estudio de estudiar nuestro dinero, de complacerse en tocarlo, pesarlo y recontarlo. Es por allí que se acerca la avaricia.

En los dieciocho años que llevo administrando bienes, no he sabido persuadirme de ver mis títulos ni mis principales negocios, que necesariamente han de pasar por mi conocimiento y mi cuidado. No se trata de un desprecio filosófico por las cosas transitorias y mundanas; no tengo el gusto tan depurado, y las aprecio por lo menos en lo que valen; sino que sin duda es pereza y negligencia inexcusable y pueril. ¿Qué no haría yo en vez de leer un contrato, y de ir sacudiendo ese papeleo polvoriento, siervo de mis negocios? ¿O peor aún, de los ajenos, como hace tanta gente, a cambio de dinero? Nada me resulta tan caro como las preocupaciones y aflicciones, y no busco otra cosa que entregarme a la indolencia y apoltronarme.

Sería yo, eso creo, más apto para vivir de la fortuna de los otros si pudiera hacerlo sin obligaciones ni servidumbre. Y sin embargo, cuando lo examino de cerca, no sé si, de acuerdo con mi disposición y mi talante, lo que tengo que soportar de los negocios y de los servidores y de los criados no conlleva más abyección, inoportunidad y acritud de cuanto tendría el seguir a un hombre, nacido mejor que yo, que me guiara un poco a mi gusto. Servitus obedientia est fracti animi et abjecti, arbitrio carentis suo.[15] Crates hizo peor, pues se arrojó a la licencia de la pobreza para deshacerse de las indignidades y cuidados de la casa. Yo no haría tal cosa (odio la pobreza así como el dolor), pero sí cambiaría esta clase de vida por otra de menor valía y menos atareada.

Cuando estoy ausente, me desembarazo de todos esos pensamientos; y sentiría menos la ruina de una torre que, de hallarme presente, la

caída de una teja. Mi alma se desentiende con toda soltura cuando está aparte, pero al estar presente sufre como la de un viñador. Una rienda torcida en mi caballo, un cabo de estribera que me golpea la pierna, me tendrán todo un día de mal humor. Elevo bastante mi ánimo al tropezar con inconvenientes, los ojos no los puedo alzar.

Sensus, osuperi, sensus.[16]

En casa, respondo por todo lo que anda mal. Pocos amos hay, hablo de aquellos de mediana condición como es la mía, y si los hay son más dichosos, pues pueden delegar en un lugarteniente para quitarse buena parte de la carga. Esto, con seguridad, disminuye en algo mi manera de tratar a los que llegan de improviso (y acaso he podido retener a alguno más por mi cocina que por mi amabilidad, como hacen los intratables), y le resta mucho al placer que yo debería disfrutar en casa con la visita y la reunión de mis amigos. El más tonto comportamiento de un gentilhombre en sus dominios es verlo molesto con el desenvolvimiento de su organización, hablarle a un criado al oído, amenazar a otro con los ojos; dicha organización debe discurrir insensiblemente y aparentar seguir un curso ordinario. Y encuentro feo que se entretenga a los huéspedes con el tratamiento que se le dispensa, tanto para excusarlo como para alabarlo. Me gustan el orden y la limpieza,

Et cantharus et lanx ostendunt mihi me,[17]

por sobre la abundancia; y en casa velo exactamente por lo necesario, poco por la ostentación. Si un criado discute en casa de otros porque un plato se vuelca, uno no hace más que reír; uno duerme mientras el señor arregla con su mayordomo su labor para nuestra atención del día siguiente.

Hablo de esto según mi parecer, sin dejar de apreciar en general

cuán agradable diversión es para ciertas naturalezas una gestión de hogar apacible y próspera, conducida por un orden regular, ni queriendo ligar al tema mis propios errores e inconvenientes, ni desmentir a Platón, que considera que la más feliz ocupación para cada uno es llevar adelante sus propios asuntos sin injusticia.

Cuando viajo, no tengo que pensar más que en mí y en el empleo de mi dinero; en ello interviene un solo concepto. Acumular requiere demasiados factores, me pierdo. De gastar y concebir mis gastos algo entiendo, que es en verdad el uso principal del dueño. Pero pongo en mis gastos expectativas demasiado ambiciosas, que los tornan desiguales y deformes, y por lo demás inmoderados en todo aspecto. Cuando esos gastos lucen, cuando sirven, me dejo llevar por ellos indiscretamente, y me restrinjo de manera igualmente indiscreta si no lucen o si no me sonríen.

Sea lo que fuere, arte o naturaleza, lo que nos imprime esta condición de vivir por la relación con los otros, nos hace mucho más mal que bien. Nos defraudamos en nuestras propias utilidades para conformar las apariencias a la opinión común. No nos importa tanto lo que somos efectivamente en nosotros mismos, como lo que somos para el conocimiento público. Hasta los bienes del espíritu y de la sabiduría nos parecen carentes de fruto, si no son gozados más que por nosotros, si no se produce a la vista y aprobación ajenas. Hay quienes derraman oro a grandes borbotones por sitios subterráneos, imperceptiblemente; otros lo despliegan todo en planchas y en hojas; si para unos los centavos valen como escudos, para los otros lo contrario, pues el mundo estima la utilidad y el valor según la ostentación. Todo cuidado peculiar alrededor de las riquezas huele a avaricia, lo mismo su dispendio y la liberalidad demasiado ordenada y artificial: no merecen una precaución y una solicitud tan penosas. Quien quiere hacer el gasto justo, hace el limitado e inevitable. La custodia o el uso son de por sí cosas indiferentes, y no adquieren el color del bien o del mal sino según la aplicación de nuestra voluntad. La otra causa que me invita a esos paseos es el desacuerdo con las costumbres actuales de nuestro Estado. Fácilmente me consolaría de esta corrupción en lo que concierne al interés público,

Pejoraque saecula ferri

Temporibus, quorum sceleri non invenit ipsa nomen, et à nullo posuit natura metallo[18]

pero no en lo que concierne a mí mismo. A mí en particular me acosa demasiado. Pues en mi vecindad, por la larga licencia de estas guerras civiles, envejecemos muy pronto en una forma de Estado tan desbordada,

Quippe ubi fas versum atque nefas,[19]

que a decir verdad me maravilla que pueda mantenerse.

Armati terram exercent, semperque recentes convectare juvat prædas et vivere rapto,[20]

En fin, veo a través de nuestro ejemplo que la sociedad de los hombres se mantiene y se cuece, a cualquier precio. No importa en qué plato se los sirva, ellos se amontonan y se acomodan al removerse y se acumulan, como los objetos diversos que uno arroja a su bolsa encuentran por sí mismos la manera de unirse y de colocarse los unos entre los otros, a menudo mejor que como el arte los habría podido disponer. El rey Filipo reunió a los hombres más malvados e incorregibles que pudo encontrar, y los alojó a todos en una ciudad que les hizo construir, y que llevaba su nombre.[21] Estimo que los vicios mismos erigieron entre ellos una estructura política y una sociedad confortable y justa.

Veo, no una acción, o tres, o cien, sino unas costumbres de uso común y heredado, tan monstruosas, sobre todo en inhumanidad y deslealtad –que es para mí el peor de todos los vicios–, que no me

atrevo a pensar en ellas sin espanto; y las admiro casi tanto como las detesto. El ejercicio de estas insignes maldades conlleva una marca de vigor y una fuerza de espíritu tanto como lo que implica en desorden y en error. La necesidad hace a los hombres y los congrega. Esta costura fortuita se configura luego en leyes; pues las ha habido tan salvajes como ninguna opinión humana puede concebirlas, y sin embargo han mantenido sus cuerpos tan saludables y longevos como las que Platón y Aristóteles sabrían hacer.

Y sin duda, todas esas descripciones de la organización, fingidas por el arte, resultan ridículas e imposibles de poner en práctica. Esas grandes y largas falsificaciones de la mejor forma de sociedad y de las reglas que más se acomodan a nuestra sujeción son propias únicamente del ejercicio de nuestro espíritu; así como se encuentran en las artes numerosos temas que tienen su esencia en la agitación y en la disputa, pero ninguna vida fuera de ellas. Tal pintura de la sociedad se aplicaría en un nuevo mundo, pero encontramos a los hombres ya forzados y conformados a determinadas costumbres; no los engendramos como Pirra o como Cadmo. Cualquiera sea el medio por el cual nos apliquemos a enderezarlos y arreglarlos de nuevo, de ningún modo podemos desviarlos de su sesgo acostumbrado sin romperlo todo. Se le preguntaba a Solón si había establecido sobre los atenienses las mejores leyes que había podido: Claro que sí, respondió, de aquellas que habrían podido aceptar. Varrón se excusa de modo semejante: que si tuviese que escribir todo de nuevo respecto de la religión, él diría lo que cree, pero habiendo sido ya recibida y conformada, hablará según lo usual más que según la naturaleza.

No por lo que se opine sino por ser la verdad, el excelente y mejor gobierno es para cada nación aquel bajo el cual se ha mantenido. Su forma y adecuación esencial dependen del uso. Fácilmente nos hallamos a disgusto en la condición presente. Pero yo sostengo, no obstante, que andar deseando el dominio de unos pocos en un Estado popular, o en la monarquía una especie diferente de gobierno, es vicio y locura.

Ayme l’estat tel que tu le vois estre:

S’il est royal, ayme la royauté;

S’il est de peu, ou bien communauté,

Ayme l’aussi, car dieu t’y a faict naistre”[22]

Así hablaba el buen señor de Pibrac, a quien acabamos de perder, un espíritu tan bondadoso, de tan sanas opiniones, tan suaves los modales. Esta pérdida, y la que al mismo tiempo nos sobrevino del señor de Foix, son pérdidas importantes para nuestra corona. Yo no sé si queda en Francia un par que pueda substituir a esos dos gascones en sinceridad y en aptitud para el consejo de nuestros reyes.

Eran almas diversamente bellas y veraces, de acuerdo con el siglo, raras y bellas, cada una a su manera. Pero ¿quién las había acogido en esta época, tan inconvenientes y tan desproporcionadas a nuestra corrupción y a nuestras tempestades?

Nada apremia a un Estado como la innovación: el cambio sólo da forma a la injusticia y a la tiranía. Cuando alguna parte del edificio se disloca, se la puede apuntalar: podemos oponernos a que la alteración y corrupción naturales a todas las cosas nos alejen demasiado de nuestros comienzos y principios. Pero aplicarse a refundir una masa tan grande y a cambiar los fundamentos de una construcción tan enorme es cosa de aquellos que para limpiar aniquilan, que quieren enmendar los defectos particulares mediante una confusión universal y curar las enfermedades con la muerte, non tam commutandarum quam evertendarum rerum cupidi[23]. El mundo es incapaz de curarse; lo impacienta tanto aquello que lo oprime que no busca más que desembarazarse, sin fijarse a qué precio. En mil ejemplos vemos que por lo común se cura a sus propias expensas: deshacerse del presente mal no es ninguna cura, si no se enmienda la condición general.

La finalidad del cirujano no es hacer morir la carne afectada: es encaminar su cura. Él mira más allá, vela por hacer renacer la carne natural y devolver la parte enferma a su debido ser. Cualquiera que proponga solamente arrancar lo que lo corroe se queda corto, pues

el bien no sucede necesariamente al mal: otro mal puede sucederlo, y peor aun, como les sobrevino a los asesinos de César, que precipitaron a tal punto la cosa pública que luego se arrepentirían de haberse inmiscuido en ella. A muchos desde entonces y hasta nuestro siglo les ha sobrevenido lo mismo. Los franceses contemporáneos míos saben de qué se trata. Toda gran mutación estremece al Estado y lo desordena.

Quien apuntara directamente a la curación y deliberara antes de emprender cualquier acción, fácilmente aplacaría su decisión de poner manos a la obra. Pacuvio Calavio corrigió el vicio de este procedimiento mediante un ejemplo insigne. Sus ciudadanos estaban amotinados contra los magistrados. Él, personaje de gran autoridad en la ciudad de Capua, un día halló los medios para encerrar al Senado en el palacio y, convocando al pueblo en la plaza, les dijo que había llegado el día en que, con total libertad, podían tomar venganza contra los tiranos que los habían oprimido por tan largo tiempo, a quienes él tenía a su merced, solos y desarmados. Fue de la opinión general que se los sacase uno tras otro por orden de suerte, y que se dictaminara sobre cada uno en particular, haciendo ejecutar al punto aquello que se decretase, siempre y cuando en el mismo acto se determinase establecer a algún hombre de bien en el lugar del condenado, a fin de que ese lugar no quedara vacante. Tan pronto hubieron oído el nombre de un senador, un grito de descontento universal se elevó en su contra. Ya veo, dijo Pacuvio, hay que deponer a éste: es un malvado; proclamemos a uno bueno a cambio. Se hizo un súbito silencio, al encontrarse todo el mundo incapacitado de elegir; al primero más descarado que nombrara al suyo, le siguió una unanimidad de voces todavía más fuertes que lo repudiaban, con cien imperfecciones y justas causas para desecharlo. Al caldearse estos ánimos contradictorios, fue peor con el segundo senador, y con el tercero: tanta discordia en la elección como acuerdo en la dimisión. Habiéndose fatigado inútilmente en este problema, comenzaron, uno por aquí el otro por allá, a escabullirse de la asamblea, llevando cada uno en su alma la resolución de que el mal más viejo y mejor conocido es siempre más soportable que el mal reciente y aún por experimentar.

Para vernos penosamente agitados (pues ¿qué no hemos hecho ya?),

Eheu! Cicatricum et sceleris pudet, fratrumque: quid nos dura refugimus aetas? Quid intactum nefasti liquimus? Unde manus juventus metu deorum continuit? Quibus pepercit aris?[24]

no voy a sentenciar de pronto:

Ipsa si velit salus,

Servare prorsus non potest hanc familiam.[25]

Sin embargo, no hemos llegado, quizá, a nuestra última etapa. La conservación de los Estados es algo que con toda probabilidad sobrepasa nuestra inteligencia. Una organización civil es, como dice Platón, cosa poderosa y nada fácil de disolver. A menudo sobrevive a enfermedades mortales e intestinas, a la injuria de las leyes injustas, a la tiranía, a la corrupción y la ignorancia de los magistrados, a la licencia y la sedición de los pueblos.

Cualquiera sea nuestra fortuna, nos comparamos con aquel que está por encima de nosotros y miramos hacia los que son mejores; midámonos con aquél que está por debajo: no hay ninguno tan contrahecho que no encuentre mil ejemplos en los que consolarse. Es nuestro vicio que veamos de mejor gana aquello que nos precede y no aquello que nos va a la zaga. Así, decía Solón, si se hiciera una pila con todos los males, no habría nadie que no eligiera llevarse consigo los males que tiene, en lugar de avenirse a dividir entre todos los hombres esa gran pila de males y a tomar su cuota parte. Nuestra sociedad se encuentra mal; no obstante, las ha habido más enfermas sin por ello morir. Los dioses se divierten jugando con nosotros a modo de pelota, y nos sacuden a manos llenas:

Enimvero dii nos homines quasi pilas habent.[26]

Los astros han destinado fatalmente al Estado de Roma para ejemplificar de lo que son capaces. Abarca en sí mismo todas las formas y aventuras que conciernen a un Estado: todo lo que el orden, la perturbación, la fortuna y la desgracia pueden ocasionar. ¿Quién tiene derecho a desesperar de su condición al ver las sacudidas y movimientos que lo agitaron y que supo soportar? Si la extensión de su dominio es la salud de un Estado (y ésta no es en modo alguno mi opinión; yo admiro a Isócrates, quien así instruyó a Nicocles: no envidiar a los príncipes que tienen anchos dominios, sino a aquellos que saben conservar debidamente lo que les ha tocado en suerte), jamás fue aquél tan sano como cuando estuvo más enfermo. La peor de sus formas resultó ser la más afortunada. Apenas reconocemos la imagen de alguna sociedad bajo los primeros emperadores: es la más horrible y densa confusión que se pueda concebir. Sin embargo, Roma la soportó y persistió, conservando no una monarquía encerrada dentro de sus límites, sino muchas naciones tan diversas, tan alejadas, tan hostiles, tan desordenadamente gobernadas e injustamente conquistadas;

Nec gentibus ullis

Commodat in populum terrae pelagique potentem,

Invidiam fortuna suam.[27]

No todo lo que se sacude cae. La contextura de un cuerpo tan enorme se sostiene de más de un clavo. Se sostiene incluso por su antigüedad: como los viejos edificios, a los que el tiempo les ha sustraído el apoyo, y que sin revoque y sin argamasa, sin embargo viven y se sostienen por su propio peso.

Nec jam validis radicibus haerens,

Pondere tuta suo est.[28]

Es más, para juzgar la seguridad de una plaza no alcanza con conocer el flanco y la fosa, hay que evaluar por dónde se puede ingresar, así como el estado del sitiador. Pocos navíos se hunden por su propio peso y sin violencia ajena. Así que observemos bien: todo se desploma a nuestro alrededor; en todos los grandes Estados, ya sea de la cristiandad o de otras partes que conocemos, observemos: encontraremos en ellos una amenaza evidente de cambio y de ruina:

Et sua illis incommoda, parque per omnes tempestas.[29]

Es fácil para los astrólogos advertirnos, como lo hacen, de grandes alteraciones y mutaciones venideras: sus adivinaciones son presentes y palpables, no hace falta ir al cielo para ello.

No solamente podemos obtener consuelo de esta sociedad universal del mal y la amenaza, sino también alguna esperanza sobre la duración de nuestro Estado; en la medida en que naturalmente no cae nada allí donde todo cae. La enfermedad universal es la salud particular; la conformidad es una cualidad enemiga de la disolución. En lo que a mí respecta, no entro en absoluto en desaliento, y me parece ver en ello caminos para salvarnos;

Deus haec fortasse benigna reducet in sedem vice.[30]

Quién sabe si Dios querrá que nos ocurra como a esos cuerpos que se purgan y alcanzan un estado mejor mediante largas y graves enfermedades, que les confieren una salud más completa y más pura que aquella que les habían arrebatado. Lo que más me molesta es que, al contar los síntomas de nuestro mal, veo tantos de los naturales que le son propios y que el cielo nos envía como de los que le confieren nuestro desorden y humana imprudencia. Parece

que los mismos astros ordenasen que hayamos durado tanto más allá del término ordinario. Y también me pesa esto: que el más próximo de los males que nos amenazan no es la alteración de la masa íntegra y compacta, sino su disolución y disgregación, el mayor de nuestros temores.

Hasta en estas ensoñaciones temo la traición de mi memoria: que por inadvertencia me haya hecho registrar dos veces la misma cosa. Odio reconocerme, y no vuelvo a intentar sino aquello que una vez ha escapado de mí. Por lo demás, no aporto con esto ninguna enseñanza nueva. Son imaginaciones ordinarias: habiéndolas concebido quizá cien veces, tengo miedo de haberlas inscrito antes. La repetición es siempre tediosa, incluso en Homero; pero es una calamidad en las cuestiones que no prodigan sino una revelación superficial y pasajera. Me desagrada la inculcación, incluso de las cosas útiles, como en Séneca, y me molesta la costumbre de su escuela estoica de repetir para cada tema, a lo ancho y a lo largo, los principios y presuposiciones generales, y volver a alegar siempre de nuevo los argumentos y razones comunes y universales. Mi memoria empeora cruelmente cada día,

Pocula lethaeos ut si ducentia somnos arente fauce traxerim.[31]

De ahora en adelante será preciso, pues a Dios gracias hasta este momento no me hizo falta que, allí donde los otros buscan el tiempo y la ocasión de pensar en lo que tienen para decir, rehuya el prepararme, por temor a atarme a alguna obligación de la cual tenga que depender.

El estar comprometido y obligado me desvía, así como depender de un instrumento tan endeble como es mi memoria.

No leo nunca esta historia sin que me sienta agraviado por un resentimiento justificado y natural. Lincestes, acusado de conjurar contra Alejandro, el día en que fue llevado, según la costumbre, ante las tropas para hacer oír sus argumentos de defensa, tenía en la cabeza una estudiada arenga, de la que pronunció, vacilando y

tartamudeando, unas pocas palabras. Como a cada instante se turbaba más, mientras luchaba con su memoria intentando volver a capturarla, los soldados que se encontraban más cerca cargaron contra él y lo mataron a golpes de lanza, dándose por convencidos. Su perplejidad y su silencio les sirvió de confesión: habiendo tenido, prisionero, tanto tiempo ocioso para prepararse, en opinión de ellos ya no es la memoria lo que le falla, sino la conciencia que le refrena la lengua y lo despoja de sus fuerzas. ¡Bien dicho, verdaderamente! El lugar amedrenta, el auditorio, la expectativa, cuando no se tiene otra ambición que la de expresarse bien. ¿Qué se puede hacer cuando de las consecuencias de la arenga depende la vida?

Para mí, el mismo hecho de estar atado a lo que voy a decir redunda en que me aparte de ello. Cuando me encomiendo por entero a mi memoria, me le cuelgo tan fuertemente que la agobio y se espanta de su carga. En la medida en que me atengo a ella, me ubico fuera de mí, al punto de poner a prueba mi compostura; y alguna vez me he visto en el trance de ocultar la servidumbre en la que me encuentro aprisionado, allí donde mi propósito al hablar es representar una profunda despreocupación y movimientos fortuitos e impremeditados, como si nacieran de las circunstancias del momento; prefiriendo no decir nada de valor a mostrar que he venido preparado para decir bien, cosa indecorosa, sobre todo para gente de mi profesión, y que compromete demasiado a quien no puede honrar lo que ha dicho: los aprestos hacen esperar más que lo que traen.

Nihil est his qui placere volunt tam adversarium quam expectatio.[32] *Se ha escrito del orador Curio que, cuando se proponía la división y clasificación de su discurso en tres o cuatro partes o en el que fuese el número de sus argumentos y razones, fácilmente le ocurría, ya sea que olvidara alguno, o bien que añadiera uno o dos de más. Yo siempre me he cuidado de caer en ese inconveniente, puesto que siempre odié esas promesas y prescripciones: no solamente por desconfianza hacia mi memoria, sino también porque esa forma le quita demasiado al artista. Simpliciora militares decent.*[33] *Baste decir que hoy me he prometido no aceptar más la carga de tener que hablar en lugares repetables. Pues en lo que respecta a hablar leyendo lo que uno ha escrito, además de ser algo monstruoso, les es de una enorme desventaja a aquellos que por naturaleza podrían sacar algún partido de la acción. Y menos aún*

lanzarme a merced de mi inventiva del momento: pues la tengo pesada y confusa, y no sabría satisfacer necesidades repentinas y de ciertas consecuencias.

Deja que corra un poco más, lector, este ensayo y esta tercera prolongación del resto de las partes de mi pintura. Añado, pero no corrijo. En primer lugar, porque aquel que le ha hipotecado su obra al mundo considero que ya no tiene sobre ella derecho alguno.

Que diga mejor, si puede, en otra parte, y no corrompa el trabajo que ya tiene vendido. De personas así no habría que comprar nada hasta después de su muerte. Que lo piensen bien antes de darse a publicar. ¿Quién las apura?

Mi libro es siempre uno. Salvo porque a medida que uno se pone a renovarlo, a fin de que el comprador no se vaya con las manos completamente vacías, me permito, como si se tratara de un taraceado con las juntas mal unidas, agregar algún emblema supernumerario. No son sino sobrepesos que no condenan para nada a la primera forma, pero otorgan algún valor particular a cada una de las siguientes por medio de una pequeña sutileza ambiciosa. De ello se desprenderá muy probablemente que se introduzca alguna trasposición de la cronología, ya que mis cuentos aparecen según su oportunidad, no siempre según su edad.

En segundo lugar, en lo que a mí respecta, temo perder con el cambio: mi entendimiento no va siempre hacia delante, también se mueve a reculones. No desconfío menos de mis fantasías por ser segundas o terceras que primeras, o presentes que pasadas. Con frecuencia nos corregimos tan estúpidamente como corregimos a los demás. He envejecido mucho desde mis primeras publicaciones, que tuvieron lugar en el año 1580. Pero dudo que me haya vuelto una pulgada más sabio. Yo entonces y yo ahora somos por cierto dos: cuál es mejor no puedo decirlo. Sería bonito ser viejo si uno no se encaminara a otra cosa que al mejoramiento. Es un titubeante andar de borracho, vertiginoso, informe, o de juncos que el aire maneja azarosamente según los designios de la brisa.

Antíoco había escrito vigorosamente a favor de la Academia; pero en sus años de vejez tomó otro partido. Cualquiera de los dos que yo siguiera, ¿no sería siempre seguir a Antíoco? Después de haber

establecido la duda, querer establecer la certeza de las opiniones humanas, ¿no era establecer la duda, en lugar de la certeza, y prometer, en caso de que se le concediese durar un poco más, que todavía se encontraba en edad de alguna agitación, no tanto mejor cuanto diversa?

El favor público me ha dado un poco más de audacia de la que me esperaba, pero lo que más temo es hartar: prefiero aguijonear que fatigar, como ha hecho un sabio de mis tiempos. El elogio es siempre agradable, no importa por qué y de quién provenga: claro que, para complacerse en él con justicia, es preciso informarse de la causa. Incluso las imperfecciones tienen sus medios para hacerse predicar. La estimación vulgar y común resulta poco afortunada; y de un tiempo a esta parte, o me equivoco o son los peores escritos los que han ganado la cima de las ventas populares. Por cierto, les doy las gracias a los hombres honestos que se dignan aceptar buena parte de mis endebles esfuerzos. No hay lugar en el que las fallas de la hechura se evidencien tanto como en una materia que por sí misma carece de toda prédica. No me culpes, lector, por aquellas que se cuelan aquí debido a la fantasía o la inadvertencia de los otros: cada mano, cada obrero aporta las suyas. Yo no me entrometo ni con la ortografía, pues ordeno solamente que respeten la antigua, ni con la puntuación: soy poco experto en una y en la otra. Allí donde rompen por completo el sentido, yo no me preocupo, pues al menos me quitan de encima la responsabilidad; pero donde lo substituyen por uno falso, como con tanta frecuencia lo hacen, y me desvían hacia sus propias concepciones, allí me arruinan. De cualquier modo, cuando la sentencia no corresponde mucho a mi disposición, el hombre honesto debe rechazarla y no admitirla como mía. Quien conozca cuán poco laborioso soy, cuán a mi modo estoy hecho, estará dispuesto a creer que yo de buena gana volvería a dictar otros tantos ensayos en lugar de someterme a revisar éstos, a fin de hacer esa corrección pueril.

Decía entonces, hace un momento, que encontrándome plantado en la más profunda cantera de este nuevo metal, no solamente estoy privado de una gran familiaridad con gentes de costumbres y opiniones diferentes de las mías, mediante las cuales se mantienen juntas por un lazo que domina sobrecualquier otro lazo, sino que tampoco me aventuro sin peligro entre aquellos a quienes todo les

está igualmente permitido, y cuya mayoría no podría ya empeorar la situación de la justicia, de la que nace el grado superlativo de la licencia. Considerando todas las circunstancias particulares que me atañen, no encuentro hombre entre los nuestros a quien la defensa de las leyes le cueste, en lucro cesante y en daños causados, dicen los clérigos, más que a mí. Y hay quienes se fingen bravos por su ardor y su rudeza y hacen mucho menos que yo, si se nos pondera debidamente. Como hogar libre en todo tiempo, de puertas siempre abiertas, y con todos obsequiosa (pues nunca me he dejado inducir a hacer de ella un instrumento de guerra, en la que me mezclo de mejor gana cuanto más alejada está de mi vecindario), mi casa ha merecido considerable simpatía popular, y difícilmente pueda reprochársele algo a mi estercolero. Estimo una maravillosa obra de arte, ejemplar por lo demás, que sea todavía virgen de saco y de sangre, bajo una tormenta tan prolongada, tantos cambios y conmociones vecinas. Pues, a decir verdad, a un hombre de mi temperamento le es posible escapar a cualquier circunstancia constante y continua; pero las invasiones e incursiones contrarias, alternancias y vicisitudes de la fortuna a mi alrededor, hasta hoy, han exasperado, más que ablandado, el ánimo de esta tierra, y me sobrecargan de peligros e invencibles dificultades. Yo me libro; pero me desagrada que sea más por obra de la fortuna, e incluso de mi prudencia, que por justicia, y me disgusta hallarme fuera de la protección de las leyes y bajo cualquier otra salvaguarda que no sea la de ellas. Tal como son las cosas, vivo más que a medias del favor ajeno, lo cual es contraer difícil deuda. No quiero deber mi seguridad ni a la bondad y benignidad de los grandes, que se felicitan de mi lealtad y mi libertad, ni a la sencillez de las costumbres de mis predecesores y las mías. ¿Pues qué si yo fuese otro? Si mi modo de comportarme y la franqueza de mi conversación comprometen a mis vecinos o a mis parientes, es una crueldad que tengan que pagarlo dejándome vivir, y que puedan decir: “Le concedemos la libre continuación del servicio divino en la capilla de su casa, ya que todas las iglesias de los alrededores han sido abandonadas por nosotros a su ruina, y le concedemos el uso de sus bienes y de su vida, así como él resguarda a nuestras mujeres y a nuestros bueyes cuando hay necesidad”. Desde hace mucho tiempo, nos cabe en casa la alabanza de Licurgo, ateniense, que era el general depositario y guardián de los fondos de sus conciudadanos.

Pero yo creo que hay que vivir por propio derecho y autoridad, no por recompensa ni por gracia. ¡Cuántos hombres galantes han preferido perder la vida antes que deberla! Yo rehuyo someterme a cualquier clase de obligación, pero sobre todo a aquella que me ata a una deuda de honor. Nada me es tan caro como lo que me ha sido concedido y por eso mi voluntad permanece hipotecada a título de gratitud. Acepto de mejor gana los servicios que están en venta. He aquí mi credo: por éstos no doy más que dinero; por los otros me doy yo mismo. El lazo que me retiene por la ley de la honorabilidad me parece mucho más apremiante y más pesado que las obligaciones civiles. Más ligeramente se me atenaza por medio de un notario que a través de mí mismo. ¿No es razonable que mi conciencia se comprometa mucho más en aquello en lo que simplemente otros se han fiado de ella? Por lo demás, mi confianza nada dice, pues no le han prestado nada; que se valgan del crédito y la seguridad que han obtenido fuera de mí. Preferiría mil veces romper la prisión de una muralla y de las leyes antes que mi palabra. Soy minucioso hasta la superstición en el cumplimiento de mis promesas, y lo hago en todos los asuntos, a menudo inciertos y condicionales. A aquellos que carecen de peso yo les otorgo el peso del celo de mi regla: ella me importuna y me carga con su propio interés. Sí, en los asuntos enteramente libres y míos, aquello que digo, inmediatamente me parece que me lo prescribo, y que entregarlo al conocimiento de los otros equivale a jurármelo a mí mismo, me parece que lo prometo cuando lo digo. De manera que pocas veces ventilo mis propósitos.

La condena que me impongo es más intensa y más rígida que la de los jueces, que tan sólo me toman bajo el aspecto de la obligación común; el abrazo de mi conciencia es más apretado y más severo. Sigo cobardemente los deberes a los cuales me obligarían si yo no caminase de buen grado. Hoc ipsum ita justum est quod recte fit, si est voluntariam.[34] Si la acción no tiene algún resplandor de libertad, carece de gracia y del más mínimo honor.

Quod me jus cogit, vix voluntate imperent.[35]

Allí donde la necesidad me empuja, me gusta aflojar la voluntad, quia quicquid imperio cogitur, exigenti magis quam praestanti acceptum refertur.[36] Sé de quienes siguen este proceder hasta la injusticia: dan en lugar de devolver, prestan en lugar de pagar, hacen más parsimoniosamente el bien a aquel con el que están en deuda. Yo no sigo ese sendero, pero camino muy cerca.

Me agrada tanto poder descargarme y desentenderme de mis obligaciones, que en ocasiones he contado en mi provecho las ingratitudes, ofensas e indignidades que había recibido de aquellos hacia quienes, por naturaleza o por accidente, tenía yo algún deber de amistad, tomando la ocasión de sus faltas por suficiente pago y descargo de mi deuda. Aunque yo continúe pagándoles los buenos oficios de la razón pública, encuentro un gran ahorro, no obstante, en hacer por justicia lo que hacía por afecto, y en aliviarme un poco de la atención y la solicitud interiores de mi voluntad (est prudentis sustinere ut cursum, sic impetum benevolentiae[37]), que es muy urgente y apremiante en aquello a lo que me consagro, al menos para un hombre que no quiere verse apremiado en absoluto; y este manejo me sirve de algún consuelo por las imperfecciones de aquellos con los que tengo trato. Me disgusta que valgan menos, pero de esa manera economizo algo de mi aplicación y compromiso hacia ellos. Yo apruebo al que ama menos a su hijo por ser tiñoso o jorobado, y no solamente por malicioso, sino también por malaventurado y mal nacido (el mismo Dios los ha rebajado de su aprecio y estimación natural), siempre y cuando en este enfriamiento se comporte con moderación y exacta justicia. En mí, la proximidad no aligera los defectos, más bien los agrava.

Después de todo, si entiendo la ciencia del bien obrar y de la gratitud, que es una ciencia sutil y de mucha utilidad, no veo a nadie más libre y menos endeudado de cuanto yo lo estoy hasta el presente. Lo que debo, se lo debo a las obligaciones comunes y naturales. No hay nadie, por otra parte, que en ello esté más claramente a mano:

Mec sunt mihi nota potentum munera.[38]

Los príncipes me dan mucho si no me quitan nada, y me hacen suficiente bien cuando no me hacen ningún mal; es todo lo que pido de ellos. ¡Oh, cuánta gratitud le tengo a Dios porque haya tenido a bien que yo recibiese inmediatamente de su gracia todo lo que tengo, y que se haya quedado para sí con toda mi deuda! ¡Cuán encarecidamente ruego a su santa misericordia que yo nunca le deba a nadie un esencial agradecimiento!

Bienaventurada franqueza, que me ha llevado muy lejos. Que sea completa.

Intento no tener urgente necesidad de nadie. In me omnis spes est mihi.[39] Es algo que todo el mundo puede hacer, pero más aun pueden aquellos a quienes Dios ha puesto al abrigo de las necesidades naturales y urgentes. Nos torna muy lastimosos y vulnerables depender de otro. Nosotros mismos, que somos el rumbo más justo y el más seguro, no somos suficiente seguridad. No tengo nada mío más que a mí mismo y, sin embargo, esta posesión es en parte prestada y malograda. Me cultivo y me doy ánimos, que es el modo más fuerte, aun en la fortuna, de encontrar con qué satisfacerme cuando todo lo demás me haya abandonado.

Hippias de Elis no se aprovisionó solamente de ciencia, para poder apartarse alegremente, en el regazo de las musas, de toda otra compañía en la necesidad, ni únicamente del conocimiento de la filosofía, para enseñarle a su alma a contentarse consigo misma y a prescindir virilmente de las comodidades que le vienen del exterior, cuando la suerte lo ordena; fue lo bastante curioso para aprender además a cocinarse y afeitarse, a coserse las ropas y hacerse sus zapatos, sus anillos, para apoyarse en sí mismo tanto como pudiese y sustraerse a la ayuda ajena.

Uno goza mucho más libre y alegremente de los bienes prestados cuando no se trata de un disfrute obligado y forzado por la necesidad, y cuando se tiene, en la propia voluntad y en la fortuna, la fuerza y los medios de prescindir de ellos.

Me conozco bien. Pero me resulta difícil imaginar de parte de nadie una liberalidad tan pura, ninguna hospitalidad tan franca y gratuita, que no me pareciera desgraciada, tiránica y teñida de reproche, si la necesidad me hubiese atado a ella. Así como el dar es cualidad

ambiciosa y de prerrogativa, también el aceptar es cualidad de sumisión. Testimonio de ello es el injurioso y hostil rechazo que hizo Bayaceto de los presentes que le enviara Tamerlán. Y aquellos que fueron ofrecidos por el emperador Solimán al emperador de Calcuta lo pusieron en tan grande desprecio que no solamente los rechazó rudamente, diciendo que ni él ni sus predecesores tenían por costumbre recibir y que era su oficio el de dar, sino que además mandó al fondo de una fosa a los embajadores enviados a tal efecto.

Cuando Tetis, dice Aristóteles, halaga a Júpiter, cuando los lacedomonios halagan a los atenienses, no lo hacen refrescándoles la memoria de los bienes que antes les han hecho, cosa que siempre es odiosa, sino la memoria de los favores que de ellos recibieron. Aquellos a quienes veo aplicarse tan familiarmente y comprometerse en ello no lo harían si lo sopesaran tanto como debe sopesar un hombre sabio el compromiso de una obligación: tal vez se la paga alguna vez, pero nunca se la disuelve.

Cruel suplicio para quien gusta abrir el campo de su libertad en todas direcciones. Mis conocidos, tanto los que están por encima como por debajo de mí, saben que nunca han visto a nadie que se aviniese menos que yo a ser una carga para los demás. Si sigo esta conducta más allá de cualquier otro ejemplo moderno, no es un gran mérito, puesto que muchas de mis costumbres contribuyen a ello: un poco de audacia natural, la impaciencia ante el rechazo, la moderación de mis deseos y ambiciones, mi incapacidad para toda clase de negocios y mis cualidades favoritas, la ociosidad y la franqueza. Por todo ello le he tomado un odio mortal a estar sujeto a otro o por otro que no sea yo. Empleo todo cuanto está a mi alcance, antes de acogerme a la beneficencia de los demás, ya sea en ocasión ligera o grave. Mis amigos me importunan de manera singular cuando me reclaman que requiera algo de un tercero. Y no me resulta menos costoso dispensar a aquel que me debe, valiéndome de él, que comprometerme por ellos ante aquel que no me debe nada. Sacando esta condición y esa otra de que no requieran de mí ninguna negociación o gestión interesada, pues le he declarado a toda diligencia una guerra capital, me encuentro fácilmente disponible para las necesidades de los demás. Pero le he rehuido más a recibir que cuanto he buscado dar; lo cual es mucho más confortable, según Aristóteles. Mi fortuna no me ha permitido

demasiado hacer el bien al prójimo, y ese poco que me permitió lo ha distribuido bastante mal. Si me hubiese hecho nacer para detentar algún rango, habría sido ambicioso de hacerme amar, no de hacerme temer o admirar. ¿He de expresarlo con más descaro? Me habría ocupado de agradar tanto como de sacar provecho. Ciro, muy sabiamente, y por boca de un muy buen capitán y mejor filósofo, estima su bondad y sus obras de bien muy por encima de su valía y de sus belicosas conquistas. Y el primer Escipión, allí donde quiera hacerse valer, pesa su bonachonería y humanidad por encima de su audacia y de sus victorias, y tiene siempre a flor de labios esta expresión gloriosa: que se ha dejado amar tanto por los enemigos como por los amigos.

Quiero decir, pues, que si hay entonces que deber alguna cosa, ha de ser a título más legítimo que aquel del cual he estado hablando, al que la ley de esta guerra miserable me sujeta, y no de una deuda tan enorme como la de mi total conservación, que me aplasta. Me he acostado un millar de veces en casa, imaginando que me traicionarían y me matarían esa misma noche, acordando con la fortuna que fuese sin espanto y sin agonía. Y he exclamado después de un padrenuestro:

Impius haec tam culta novalia miles habebit![40]

¿Qué remedio? Es el lugar de mi nacimiento, y de la mayor parte de mis ancestros: ellos depositaron allí su nombre y sus afectos. Nos endurecemos con todo aquello a lo que estamos acostumbramos. Y en una condición miserable, como es la nuestra, el acostumbramiento ha sido un muy favorable presente de la naturaleza, que adormece nuestro sentimiento mientras sufrimos muchos males. En eso son peores las guerras civiles que las otras guerras: en el ponernos a cada uno al acecho en su propia casa.

Quam miserum porta vitam muroque tueri,

Vixque suae tutum viribus esse domus.[41]

Es un gran exceso estar prisionero en las propias faenas y reposos domésticos. El lugar en el que permanezco siempre es el primero y el último en la batalla de nuestras querellas, y donde la paz no muestra nunca su semblante completo

Tum quoque cum pax est,

Trepidant formidine belli.[42]

Quoties pacem fortuna lacessit,

Hac iter est bellis. Melius, fortuna, dedisses orbe sub eco sedem, gelidaque sub arcto,

Errantesque domos.[43]

A veces extraigo de la dejadez y la cobardía el medio para guarecerme contra estas consideraciones: también ellas nos llevan un poco a la resolución. Con frecuencia imagino con cierto placer los peligros mortales y los espero: me zambullo en la muerte con la cabeza baja y un total estupor sin considerarla ni reconocerla, como en una profundidad muda y oscura que me engulle de un salto y me aniquila en un instante con un poderoso sueño lleno de insipidez e indolencia. Y esas muertes breves y violentas, la consecuencia que preveo me proporciona mayor consuelo que un efecto perturbador. No me produce tanta extrañeza el estar muerto como el estar en confianza con el morir. Me envuelvo y me agazapo en este huracán, que debe cegarme y arrebatarme de furia, con una descarga fulminante e insensible.

Tal vez podría ocurrir, así como dicen algunos jardineros que las rosas y las violetas nacen más fragantes cerca de los ajos y de las

cebollas, puesto que succionan y atraen hacia sí todo cuanto hay de maloliente en la tierra, que esas naturalezas depravadas sorbieran todo el veneno del aire que respiro y del clima y me lo tornasen tanto mejor y más puro por obra de su vecindad, de modo tal que yo no lo perdiese todo. Eso no ocurre; pero de esto otro algo puede resultar: que la bondad es más bella y más atractiva cuando es infrecuente, y que la contrariedad y la diversidad afirman y estrechan en uno el obrar bien, y lo inflaman por el celo de la oposición y por la gloria.

Los ladrones tienen a bien no detestarme. ¿Acaso yo los detesto? Tendría que odiar a mucha gente. La misma conciencia se refugia en diversos trajes. La misma crueldad, deslealtad, latrocinio y tanto más, puesto que es más cobarde, más segura y más tenebrosa, bajo la sombra de las leyes. Odio menos la injuria profesada que la traidora, la guerrera que la pacífica. Nuestra fiebre le ha sobrevenido a un cuerpo al que ella no ha empeorado mucho: el fuego ya estaba allí, la llama prendió en él; el ruido es más grande, el mal poco mayor. Por lo común respondo, a aquellos que me preguntan las razones de mis viajes, que sé muy bien de qué huyo, pero no qué busco. Si me dicen que entre los extranjeros puede haber también poca salud, y que sus costumbres no son mejores que las nuestras, yo respondo: en primer lugar, qué lástima,

Tam multae scelerum facies![44]

y en segundo lugar, que siempre es ganancia y que los males de los otros no han de herirnos tanto como los nuestros.

No quiero olvidar decir aquí que no me sublevo tanto contra Francia como para no contemplar París con buenos ojos: ella se apropió de mi corazón desde la infancia. Y me sucedió con ella lo que ocurre con las cosas excelentes: cuantas más ciudades hermosas he visto después, más puede y triunfa la belleza de París en mis afectos. La amo por sí misma, y más en su mero ser que recargada de pompa extranjera. La amo tiernamente, hasta en sus verrugas y sus manchas. No soy francés sino por esa gran ciudad: grande en

población, grande por lo agraciado de su emplazamiento, pero sobre todo grande e incomparable en la variedad y diversidad de sus comodidades , ¡gloria de Francia y uno de los ornamentos más nobles del mundo! ¡Que Dios expulse muy lejos todas nuestras divisiones! Unida e íntegra, yo la considero a salvo de toda violencia. Opino que de todos los partidos el peor será aquel que la empuje a la discordia. A nada temo por ella, salvo a ella misma. Y ciertamente temo por ella en la medida en que es parte de este Estado. Mientras ella dure, no me faltará un refugio donde ir a morirme, capaz de mitigar toda nostalgia de otro refugio.

No porque Sócrates lo haya dicho, sino porque en verdad ése es mi ánimo, y tal vez no sin algún exceso, considero a todos los hombres mis compatriotas, y abrazo a un polaco lo mismo que a un francés, subordinando este vínculo nacional al universal y común. No estoy para nada prendado de las dulzuras de un mismo aire de nacimiento. Me parece que las relaciones completamente nuevas valen tanto como las otras, comunes y fortuitas, de la vecindad. Las amistades puras, de nuestra propia cosecha, suelen vencer a aquellas a las que la comunidad del clima o de la sangre nos convocan. La Naturaleza nos ha puesto en el mundo libres y desligados; nosotros mismos nos reducimos a ciertos desfiladeros: así como los reyes de Persia, que se obligaban a no beber otra agua que la del río Choaspes, renunciaban por necedad a su derecho de servirse de todas las otras aguas, y secaban, por su parte, el resto del mundo.

Yo nunca estaré tan quebrado ni tan estrechamente habituado a mi país, me parece, como para hacer lo que hizo Sócrates cuando su fin estaba próximo: considerar peor sentencia la del exilio que la de la muerte. Esas vidas celestes tienen no pocos aspectos que yo abrazo por reflexión, y no por inclinación. Y las hay también igual de elevadas y extraordinarias, que ni siquiera por reflexión puedo abrazar, puesto que no llego siquiera a concebirlas.

Ese ánimo fue muy débil en un hombre que tenía por su propia ciudad a todo el mundo. Es verdad que desdeñaba las peregrinaciones y que no había puesto jamás un pie fuera del territorio de Ática. A pesar de que se oponía a que el dinero de sus amigos aligerara su existencia, y que se rehusaba a salir de prisión

por la interposición de los demás, para no desobedecer a las leyes, en un tiempo en que éstas ya estaban, por lo demás, muy corrompidas. Estos ejemplos son para mí de primer orden. De segundo orden son otros que podría encontrar en ese mismo personaje. Muchos de esos raros ejemplos sobrepasan la fuerza de mis acciones, pero algunos sobrepasan también la fuerza de mi entendimiento.

Aparte de estas razones, el viajar me parece un ejercicio provechoso. El alma experimenta una continua excitación al observar cosas nuevas y desconocidas; y no conozco escuela mejor, como he dicho a menudo, para formar la vida del hombre que proponerle incesantemente la diversidad de tantas otras vidas, caprichos y costumbres, y hacerle degustar la interminable variedad de las formas que puede adoptar nuestra naturaleza. Al hallarse en viaje, el cuerpo no está ni ocioso ni sometido a trabajos, y esta moderada actividad lo estimula. Permanezco a caballo sin desmontar, a pesar de mis cólicos, y sin aburrirme, hasta ocho y diez horas.

Vires ultra sortemque senectae.[45]

Ninguna estación me es adversa, salvo el árido calor de un sol penetrante; pues las sombrillas de las que se sirve Italia desde los tiempos de los antiguos romanos cargan más los brazos de cuanto descargan la cabeza. Querría saber de qué industria disponían los persas tan antiguamente y en el nacimiento de la lujuria, para proporcionarse un viento fresco y unas enramadas de sombra allí donde se encontraban, como dice Jenofonte. Me gustan las lluvias y los lodazales como a los patos. Las mutaciones del aire y del clima no me afectan; cualquier cielo me es igual. No me golpean otras alteraciones sino las que produzco en mi interior, y ésas me sobrevienen mucho menos mientras viajo.

Soy difícil de mover; pero una vez que estoy en ruta, voy tan lejos como se quiera. Me canso tanto en las pequeñas empresas como en las grandes, y en equiparme para hacer una escapada y visitar a un

vecino como para un viaje de verdad. He aprendido a hacer esas salidas a la española, de un tirón: grandes y razonables; y durante los calores extremos, las realizo de noche, desde la caída del sol hasta el amanecer. La otra manera, que consiste en comer en el camino, desordenadamente y de apuro, especialmente en los días cortos, resulta de lo más incómoda. Mis caballos merecen algo mejor. Jamás me ha fallado un caballo que haya sabido completar conmigo la primera jornada. Los abrevo en cada lugar posible, y únicamente me aseguro de que tengan por delante el camino justo para sacudirse el agua. La pereza al levantarme deja tiempo suficiente a quienes me siguen para almorzar.[46] En cuanto a mí, nunca como demasiado tarde: el apetito me viene al comer, jamás de otra manera; no tengo ningún hambre excepto en la mesa.

Algunos me reprochan que me complazca en continuar este ejercicio, casado y ya viejo. Se equivocan. Es mejor momento para abandonar la casa: cuando se la ha dejado lista para continuar sin nosotros, cuando se le ha impuesto un orden acorde con su pasado. Mayor imprudencia es alejarse dejando en casa una guardia menos fiel y que ponga menos cuidado en proveer nuestras necesidades.

La ciencia y ocupación que a una mujer le es más honorable y útil es la ciencia de la gestión del hogar. Veo algunas muy avaras, buenas caseras muy pocas. Ésa es la cualidad principal que se debe buscar en la mujer antes que cualquier otra, única dote capaz de arruinar o de salvar nuestras casas. Que no se me discuta esto: de acuerdo con lo que la experiencia me ha enseñado, lo que yo reclamo de una mujer casada, por encima de cualquier otra virtud, es la virtud de la ecónoma. Yo la enderezo a esa virtud, al dejar en sus manos, mediante mi ausencia, el gobierno hogareño. Veo con irritación en muchos matrimonios que el señor vuelve huraño y desapacible del ajetreo de sus asuntos, hacia el mediodía, y que la señora todavía se apresta a peinarse y emperifollarse en su tocador. Es cosa de reinas, y ni siquiera podría afirmarlo. Es ridículo e injusto que sea nuestro sudor y nuestro trabajo el que mantiene la ociosidad de nuestras mujeres. Jamás llegará a suceder que yo le deje a nadie disponer del uso de mis bienes de forma más efectiva que yo, más despreocupada y libremente. Si el marido proporciona la materia, la misma naturaleza exige que ellas proporcionen la forma.

En cuanto a que los deberes de la amistad conyugal puedan pensarse comprometidos por esta ausencia, no lo creo. Por el contrario, es un entendimiento que se enfría fácilmente por obra de una asistencia demasiado continua, y a la que la asiduidad lastima. Toda mujer ajena nos parece honesta. Y todo el mundo sabe que el verse continuamente no puede imaginar siquiera el placer que se siente al desprenderse y reencontrarse con intermitencia. Estas interrupciones me llenan de un amor reciente hacia los míos y vuelven a hacerme más dulce el uso de mi casa: las vicisitudes intensifican mi apetito de una cosa y luego de la otra. Yo sé que la amistad tiene los brazos suficientemente largos como para mantenerse y unirse de un extremo del mundo al otro; y sobre todo ésta, en la que hay una continua comunión de iniciativas, que revelan en ella la gratitud y la memoria. Bien dicen los estoicos que hay una confraternidad y una relación tan grande entre los sabios, que aquel que almuerza en Francia alimenta a su compañero en Egipto; y con que sólo uno extienda su dedo dondequiera que esté, todos los sabios que andan por la tierra habitable sienten la ayuda. El gozo y la posesión pertenecen principalmente a la imaginación, que abraza más cálidamente lo que ella misma convoca que todo cuanto podamos tocar, y lo hace de manera más continua. Quien cuente sus entretenimientos de cada día, verá que se ausenta más del amigo cuando lo tiene presente: la asistencia de aquél relaja su atención y le da a su pensamiento libertad para ausentarse de ella a toda hora y en cada ocasión.

Desde Roma y más lejos sostengo y regenteo mi casa y las comodidades que he dejado en ella: veo crecer mis murallas, mis árboles y mis rentas, y los veo decrecer a dos dedos de distancia, tanto como cuando estoy allí:

Ante occulos errat domus,

Errat forma locorum.[47]

Si no gozamos más que de aquello que tocamos, adiós a nuestras monedas cuando se hallan en nuestros cofres, y a nuestros hijos si

están de caza. Los queremos más cerca. En el jardín, ¿es lejos? ¿A media jornada? ¿Qué hay de diez leguas?, ¿es lejos o cerca? Si es cerca, ¿qué de once, doce, trece? Y así paso a paso.

En realidad, aquella que sepa prescribir a su marido en qué paso termina lo cerca y en qué paso comienza lo lejos, yo opino que lo detiene en medio de ambos:

Excludat jurgia finis.

Utor permisso, caudaeque pilos ut equinae paulatim vello, et demo unum,

Demo etiam unum,

Dum cadat elusus ratione ruentis acervi,[48]

y que ellas llaman atrevidamente en su socorro a la filosofía, a la que alguien podría reprocharle, puesto que no ve ni uno ni otro confín en la juntura entre lo poco y lo demasiado, lo largo y lo corto, lo ligero y lo pesado, lo cerca y lo lejos, puesto que no reconoce ni el comienzo ni el fin, que juzga muy imprecisamente acerca de lo que hay en el medio. Rerum natura nullam nobis dedit cognitionem finium.[49] ¿No siguen siendo mujeres y amigas de los difuntos, que no están en el confín de este mundo, sino en el otro? Abrazamos tanto a los que han sido como a los que no son aún, y no menos a los ausentes. No hacemos ningún negocio, cuando nos casamos, al mantenernos pegados el uno al otro, como no sé qué animalitos de esos que vemos, o como los hechizados de Keranty, a la manera de los perros. Y una mujer no debe tener los ojos tan golosamente fijos en la delantera de su marido como para que no pueda ver su retaguardia cuando es preciso. Pero estas palabras de aquel excelente pintor de sus caprichos, estarían vigentes aquí para representar la causa de sus quejas:

Uxor, si cesses, autteamarecogitat,

Aut tete amari, aut potare, aut animo obsequi,

Et tibi bene esse soli, cum sibi sit male.[50]

¿O será más bien que de por sí la oposición y la contradicción las entretienen y alimentan, y que se acomodan bastante a condición de que nos incomoden?

En la verdadera amistad, en la que soy experto, me entrego a mi amigo más de lo que hacia mí lo arrastro. No sólo prefiero hacerle bien en lugar de que él me lo haga, sino además que se lo haga a sí mismo en lugar de hacérmelo a mí. Y si la ausencia le es o placentera o útil, me es entonces mucho más dulce que su presencia; y no es ausencia propiamente de lo que se trata, cuando hay medios para comunicarse. Ya una vez saqué provecho de nuestro alejamiento y desahogo. Llenábamos mejor y extendíamos la posesión de la vida al separarnos: él vivía, gozaba, velaba por mí, y yo por él[51], tan plenamente como si hubiese estado allí. Una parte de nosotros permanecía ociosa cuando estábamos juntos: nos confundíamos. La separación en el espacio volvía más rica la conjunción de nuestras voluntades. Este hambre insaciable de la presencia corporal acusa un poco de debilidad en el goce de las almas.

En cuanto a la vejez que se me alega, corresponde por el contrario a la juventud someterse a las opiniones comunes y constreñirse en nombre de los otros. La juventud puede atender al interés de ambos, al pueblo y a sí misma: nosotros ya tenemos demasiado con lo nuestro. A medida que las ventajas naturales nos abandonan, sostengámonos mediante las artificiales. Es una injusticia excusar a la juventud de seguir sus placeres y prohibir a la vejez el buscar los suyos. Cuando joven, yo cubría de prudencia mis pasiones joviales; ahora viejo, despojo a las tristes de su exceso. Así prohíben las leyes platónicas peregrinar antes de los cuarenta años o de los cincuenta, para volver la peregrinación más útil e instructiva; de mejor grado yo consentiría ese otro artículo de las mismas leyes, que prohibiera hacerlo antes de los sesenta.

–Pero a semejante edad, no regresaría usted jamás de tan largo

camino –se me dirá.

¿Y a mí qué me importa? No emprendo el viaje ni para regresar ni para completarlo; únicamente me pongo en movimiento mientras el movimiento me complace. Y me paseo por pasearme. Aquellos que corren en pos de un beneficio o en pos de una liebre no corren en absoluto; solamente corren aquellos que lo hacen para ejercitarse en la carrera.

Mi propósito se puede dividir por cualquier parte: no se funda en grandes esperanzas; cada jornada constituye su destino. Y el viaje de mi vida se lleva adelante del mismo modo. Sin embargo, he visto bastantes sitios apartados, en los que habría deseado que se me detuviera. ¿Por qué no, si Crisipo, Cleanto, Diógenes, Zenón, Antipater, tantos hombres sabios de la secta más ceñuda[52], abandonaron su país, sin quejarse nunca, y sólo por el goce de un aire diferente? Por cierto, el mayor descontento de mis peregrinaciones es que no pueda llevar conmigo la resolución de establecer mi morada donde me venga en gana, y que tenga que proponerme siempre regresar, para acomodarme a los caprichos comunes. Si tuviese miedo de morir en un lugar que no fuera el de mi nacimiento, si pensara que he de morir de manera menos apacible si me alejo de los míos, a duras penas saldría yo de Francia; no me alejaría de mi parroquia sin espanto. Siento que la muerte me atenaza continuamente la garganta o los riñones. Pero yo estoy hecho de otro modo: en todas partes ella me es igual. Si tuviese no obstante que elegir, sería, eso creo, más bien a caballo que en mi cama, fuera de mi casa y alejado de los míos. Hay más pesadumbre que consuelo en la despedida de los amigos. De buena gana me olvido de ese deber mundano, pues de las obligaciones de la amistad ésa me parece la única desagradable, y con gusto me olvidaría, por lo tanto, del último y eterno adiós.

Si se obtiene de esa asistencia alguna comodidad, también se le extraen cien incomodidades. He visto a muchos moribundos asediados de manera sumamente lastimosa por todo ese cortejo: la presión los ahoga. Es contra el deber, y un testimonio de escaso afecto y cuidado, el dejarnos morir en el reposo: uno atormenta nuestros ojos, otro nuestros oídos, y un tercero nuestra boca; no hay uno solo de nuestros miembros y sentidos que no nos martirice. El

corazón se nos estruja de piedad al oír los lamentos de los amigos, y tal vez de despecho al oír otros lamentos fingidos y embozados. Quien ha tenido siempre una inclinación delicada y frágil, la tiene todavía más. Necesita una mano dulce y adecuada a su sentimiento, para que le rasque justo allí donde le pica; o para que no lo toque en absoluto. Si hace falta una comadrona que nos traiga al mundo, tenemos necesidad de un compadre más idóneo aun para que nos saque de él. A alguien así, incluso siendo amigo, habría que pagarle muy caros sus servicios en una ocasión semejante.

No he alcanzado en absoluto ese desdeñoso vigor que extrae sus fuerzas de sí mismo, y al que nada ayuda ni perturba; me encuentro un punto más abajo. Intento ocultarme, zafarme de ese paso, no por temor, sino por arte. No soy proclive a dar prueba o demostración de mi constancia en ese trance. ¿Para quién? Allí cesará todo interés que pueda yo tener en mi reputación, todo derecho sobre ella. Me conformo con una muerte recogida en sí misma, tranquila y solitaria, toda mía, adecuada a mi vida retirada y privada. Al contrario de la superstición romana, que estimaba infortunado a aquel que moría sin hablar y que no contaba con sus allegados para que le cerraran los ojos, ya tengo bastante con consolarme a mí mismo sin tener que consolar a los demás, muchos pensamientos en mente sin que las circunstanccias me ofrezcan otros nuevos, y demasiados asuntos en los que entretenerme sin tener que tomarlos prestados. Esta parte no le corresponde a la sociedad: es un acto de un solo personaje. Vivamos y riamos entre los nuestros, vayamos a morir y a refunfuñar con los desconocidos. Pagando se encuentra quien nos haga girar la cabeza y quien nos frote los pies, quien no nos apriete más de lo que queramos, presentándonos un rostro indiferente, dejándonos distraernos y quejarnos a nuestro modo.

Todos los días, por medio de la reflexión, me libro de ese capricho pueril e inhumano, que hace que deseemos conmover mediante nuestros males la compasión y el luto de nuestros amigos. Hacemos valer nuestros problemas fuera de toda medida con tal de atraer sus lágrimas. Y la firmeza que en todos alabamos por sobrellevar el infortunio, se la señalamos y reprochamos a nuestros allegados cuando se trata del nuestro. No nos contentamos con que lamenten nuestros males, si además no se afligen. Está bien desparramar la alegría, pero a la tristeza hay que reducirla tanto como se pueda.

Quien hace que se lo lamente sin razón es hombre de no ser lamentado cuando la razón exista. Mueve a no ser lamentado jamás el lamentarse siempre, tan a menudo lastimoso que a nadie da ya lástima. Quien se hace pasar por muerto viviente se expone a ser tomado por vivo cuando muera. He visto a quien monta en cólera cuando se le encuentra el rostro lozano y el pulso tranquilo, contiene la risa porque traiciona su curación, y odia la salud porque no da lugar a lamentos. Y lo que es más: no se trata de mujeres.

Yo manifiesto mis enfermedades, en la mayoría de los casos, tales como son, y evito las palabras de mal augurio y las exclamaciones de circunstancia. Si no la alegría, al menos la tranquila compostura de quienes lo asisten es lo más apropiado en presencia de un enfermo sabio. No por verse en un estado que le es contrario, entra él en combate con la salud en lo más mínimo; se complace en contemplarla en los demás completa y fuerte, y en disfrutarla al menos por compañía. No por sentir que se funde de arriba abajo, rechaza él en absoluto los pensamientos de la vida, ni rehuye la conversación común. Yo quiero estudiar la enfermedad cuando estoy sano; cuando está presente, produce una impresión bastante real sin necesidad de que mi imaginación la ayude. Nos preparamos de antemano para los viajes que emprendemos, y a los que estamos decididos: la hora de cabalgata que ello nos quita la asignamos a los preparativos y a favor de éstos la prolongamos.

Advierto en la publicación de mis costumbres un provecho inesperado: me sirve de alguna manera como regla. A veces me sobreviene cierto escrúpulo de no traicionar la historia de mi vida. Esta declaración pública me obliga a atenerme a mi ruta, y a no desmentir la imagen de mis cualidades, por lo común menos desfiguradas y contradichas de lo que conlleva la malignidad y la perversidad de los juicios de hoy en día. La uniformidad y simplicidad de mis costumbres producen una imagen fácil de interpretar, pero debido a que su modalidad es un poco nueva e inusitada, deja demasiado espacio a la maledicencia. Tan es así que he dejado bastante lugar, a quien quiera injuriarme de modo leal, donde hincar el diente en mis imperfecciones confesadas y conocidas, y saciarse con ellas, sin necesidad de dar golpes al aire. Si, por prevenir yo mismo la acusación y la prueba, le parece que pretendo desdentar su mordida, es justo que se encamine a la

amplificación y a la extensión (la ofensa tiene sus derechos más allá de la justicia), que aumente en árboles los vicios de los que en mí le muestro las raíces, y que emplee en ello no sólo aquellos que me dominan, sino también esos otros que tan sólo me amenazan. Vicios injuriosos, tanto en número como en calidad; que me golpee por allí.

Yo abrazaría francamente el ejemplo del filósofo Bión. Antígono quería provocarlo con el tema de su origen; él lo cortó en seco: “Soy

–dijo– hijo de un siervo, carnicero, estigmatizado, y de una puta a quien mi padre desposó debido a la bajeza de su fortuna. Ambos fueron castigados por alguna fechoría. Un orador me compró cuando era niño, encontrándome agradable, y al morir me ha dejado todos sus bienes, los cuales he traído a esta ciudad de Atenas, para consagrarme a la filosofía. Que los historiadores no se empeñen en buscar noticias sobre mí: yo se las diré tal como son. La confesión generosa y libre exaspera al reproche y desarma a la injuria”.

Tanto es así que, a fin de cuentas, me parece que con la misma frecuencia se me alaba y se me desprecia más allá de lo razonable. Del mismo modo me parece que, desde que era niño, se me ha dado un sitio, en rango y en honor, más bien por encima que por debajo de lo que me corresponde. Me encontraría mejor en tierras donde estos órdenes estuviesen regulados o bien se los despreciara. Entre los hombres, desde el momento en que la disputa sobre la prerrogativa de caminar o de sentarse sobrepasa la tercera réplica, se vuelve descortés. Yo no temo ceder ni preceder inicuamente para escapar a tan inoportuna discusión; y jamás ha tenido un hombre envidia de mi prelación sin que yo se la abandonase. Aparte de ese provecho que obtengo de escribir acerca de mí, espero este otro: que, si antes de que yo muera, acontece que mis caprichos complacen a un hombre honrado con quien se hallen en armonía, éste ha de buscar que nos reunamos; le ofrezco mucho territorio ganado, pues todo lo que un trato prolongado y una larga familiaridad podrían haberle procurado en muchos años, aquí lo tiene en tres días en este registro, y con más seguridad y exactitud. Gracioso capricho: muchas cosas que no querría decirle a nadie, se las digo al pueblo, y sobre mi saber o mis pensamientos más

secretos remito a la tienda del librero a mis más fieles amigos.

Excutienda damus praecordia.[53]

Si por tan claras señas yo supiera de alguno que me fuese acorde, por cierto que lo iría a buscar muy lejos; pues la dulzura de una compañía adecuada y agradable no puede nunca pagarse demasiado cara. ¡Oh, un amigo! ¡Cuán verdadero es ese antiguo proverbio, que expresa que un amigo es más necesario que el agua y el fuego! Para retomar mi asunto, no hay nada de malo, pues, en morir lejos y aparte. Por cierto estimamos que debemos retirarnos para acciones naturales menos desgraciadas que ésta, y menos horrorosas. Por otro lado, aquellos que llegan a ese trance después de languidecer durante un largo período de vida, acaso deberían desear no fastidiar con su miseria a una familia numerosa. Es por eso que los indios de cierta provincia consideraban justo matar a quien hubiese caído en tal necesidad; en otra provincia, lo abandonaban solo para que se las arreglase como pudiera. ¿A quién no se le vuelven finalmente enojosos e insoportables? La dedicación común no llega en absoluto hasta ese punto. Inevitablemente se enseña a los mejores amigos a ser crueles, endureciendo a mujer e hijos por la excesiva asiduidad, hasta que no sienten ni lamentan ya los males de uno. Los suspiros de mis cólicos ya no conmueven a nadie. Y cuando podríamos obtener algún placer de su conversación (lo cual no siempre ocurre, por la disparidad de las cualidades, que fácilmente induce a desprecio o envidia hacia quienquiera que sea), ¿no es demasiado abusar de ellos durante años? Cuanto más los vea esforzarse por mí, tanto más lamentaré sus molestias. Es lícito que nos apoyemos, no que nos recostemos tan pesadamente sobre los demás y nos hagamos apuntalar por su ruina. Como aquel que hacía degollar niñitos para servirse de su sangre en la curación de la enfermedad que padecía. O como el otro, que se hacía proveer de jovencitas tiernas con las que cobijar por la noche sus viejos miembros y entreverar la dulzura de sus alientos con el suyo, agrio y pesado. Yo me encomendaría gustoso a Venecia para retirarme de semejante condición, de una tal debilidad de la vida. La decrepitud es una cualidad solitaria. Yo soy sociable hasta el exceso. Así, me parece

razonable sustraer de la vista del mundo lo que tengo de importuno, y cobijarme por mí mismo, acomodarme y recogerme en mi caparazón, como las tortugas. Me instruyo en ver a los hombres sin aferrarme a ellos: sería ultraje en un paso tan empinado. Es tiempo de volver la espalda a la compañía.

–Pero en un viaje tan prolongado, tendrá que detenerse en una perrera miserable, donde todo ha de faltarle –se me objetará.

La mayor parte de las cosas necesarias, las llevo conmigo. Por lo demás, no podemos sustraernos a la fortuna si ella se prepone echársenos encima. Cuando estoy enfermo no preciso de nada extraordinario: lo que la naturaleza no puede hacer en mí, no quiero que una píldora lo haga. Ya al comenzar mis fiebres y los males que me abruman, entero y vecino aún de la salud, me reconcilio con Dios por los últimos oficios cristianos. Así me encuentro más libre y aliviado, y me parece que puedo afrontar tanto mejor la enfermedad. De notarios y consejeros, tengo menos necesidad que de médicos. Lo que no haya establecido en lo que concierne a mis asuntos encontrándome sano, que no espere nadie que vaya hacerlo enfermo. Lo que quiero hacer para el servicio mortuorio está siempre dispuesto; no me atrevería a postergarlo ni un solo día. Y si no hay nada hecho, quiere decir: o que la duda me habrá retrasado la decisión, pues a veces no elegir nada es elegir muy bien, o que no habré querido hacer nada en absoluto.

Escribo mi libro para pocos hombres y pocos años. Si hubiera sido cosa de durar, habría debido acometerlo en una lengua más firme.[54] De acuerdo con las continuas variaciones que ha sufrido la nuestra hasta el presente, ¿quién puede atreverse a esperar que su forma actual siga en uso de aquí a cincuenta años? Se escabulle cada día de nuestras manos, y desde que yo vivo se ha alterado por lo menos en la mitad. Decimos que ahora es perfecta. Otro tanto ha dicho de la suya cada siglo. No me he preocupado de mantenerla donde está, puesto que huirá y se deformará como suele hacerlo. Le corresponde a los escritos útiles y buenos sujetarla, y su crédito dependerá de la fortuna de nuestro Estado. Es por eso que no temo en absoluto insertar en ella numerosos artículos privados, que agotan su empleo entre los hombres de hoy en día, y que incumben al conocimiento particular de algunos, que verán en ellos más de

cuanto pueda ver el común entendimiento. Después de todo yo no quiero, como veo a menudo que se agita la memoria de los difuntos, que se discuta por ahí: “él opinaba, él vivía de tal modo; quería tal cosa; si hubiese hablado en el momento de su fin, habría dicho... habría dado... Yo lo conocía mejor que ningún otro”. No obstante, en tanto que el decoro me lo autorice, hago sentir aquí mis inclinaciones y preferencias; pero más libremente y con más naturalidad se las hago saber por mi boca a quienquiera que desee informarse. Lo cierto es que en estas memorias, si uno se fija, encontrará que lo he dicho todo, o señalado todo. Lo que no puedo expresar, lo muestro con el dedo:

Verum animo satis haec vestigio parva sagaci

Sunt, per quae possis cognoscere caetera tute.[55]

No dejo nada librado a ser esperado o adivinado de mí. Si se ha de conversar sobre ello, quiero que sea de manera veraz y justa. De buena gana regresaré del otro mundo a desmentir a aquel que me modele diferente a como era, aunque sea para honrarme. Incluso de los vivos, siento que se habla siempre de modo diferente del que son. Y si con todas mis fuerzas no hubiese yo preservado a un amigo que perdí, me lo habrían despedazado en mil rostros contradictorios.

Para terminar de hablar de mis endebles humores, confieso que mientras viajo no llego jamás a un hospedaje en el que no se me ocurra preguntarme si podría caer enfermo allí y morirme a gusto. Quiero alojarme en un sitio que me resulte muy adecuado, sin ruido, que no esté sucio ni lleno de humo, ni sea sofocante. Pretendo adular a la muerte con esas frívolas circunstancias, o, mejor dicho, aliviarme de cualquier otro estorbo, para que no tenga que atenerme más que a ella, que seguramente me pesará bastante sin tener que agregarle ninguna otra carga. Quiero que ella participe de la comodidad y simplicidad de mi vida. Se trata de una parcela grande de esa vida, y una de importancia, por lo que espero hoy que desmentirá el pasado.

La muerte tiene formas más fáciles y otras que lo son menos; toma diversas cualidades según la imaginación de cada uno. Entre las naturales, la que viene del debilitamiento y la pesadez me parece más blanda y suave. Entre las violentas, imagino con más desazón un precipicio que ser aplastado por un derrumbe, y el golpe tajante de una espada que un disparo de arcabuz; antes habría bebido el brebaje de Sócrates que propinarme el golpe de Catón. Y aunque sean lo mismo, mi imaginación percibe no obstante una diferencia tan grande como la que hay entre la vida y la muerte, en arrojarme a una hoguera ardiente o al cauce de un apacible río. Tan obtusamente nuestro temor se fija más en el modo que en el efecto. No es más que un instante; pero es de un peso tal que de buena gana yo daría muchos días de mi vida para pasarlo a mi manera.

Puesto que la fantasía de cada uno les atribuye más o menos acritud, puesto que cada uno tiene su elección entre las formas de morir, vayamos un poco más allá e intentemos encontrar alguna desprovista de todo desagrado. ¿No podríamos tornarla incluso voluptuosa, como los comurientes Antonio y Cleopatra? Dejo a un lado los esfuerzos producidos por la filosofía y la religión, áridos y ejemplares. Pero entre los hombres de poca valía se han encontrado (a la manera de un Petronio o un Tigelino en Roma, empeñados en darse muerte), quienes la han como adormecido en la molicie de sus aprestos. La hicieron correr y deslizarse en medio de la indolencia de sus pasatiempos acostumbrados, entre las muchachas y los buenos compañeros: ninguna frase de consuelo, ninguna mención de testamento, ninguna ambiciosa afectación de permanencia, ningún discurso sobre su condición futura; sino entre los juegos, los festines, chistes, conversaciones comunes y populares, y la música y los versos de amor. ¿No sabríamos imitar esta resolución como una actitud más honesta? Puesto que hay muertes buenas para los locos y muertes buenas para los cuerdos, encontremos aquellas que sean buenas para los que se hallan entre ambos. Mi imaginación me presenta cierto aspecto propicio y, puesto que hay que morir, deseable.

Los tiranos romanos consideraban que le daban la vida al criminal a quien le otorgaban la elección de su muerte. Pero a Teofrasto, filósofo tan sutil, tan modesto, tan sabio, no fue la razón la que lo acicateó a decir este verso latinizado por Cicerón:

Vitam regit fortuna, non sapientia.[56]

Cuánto ayuda la fortuna a la fácil andadura de mi vida: pues de tal modo me la ha dispuesto que a nadie le es necesaria, y a nadie estorba. Es una condición que yo habría aceptado en todas las estaciones de mi edad, pero en la ocasión de recoger mis arreos y liar mis pertrechos, tengo un placer particular en no causarle un placer ni un disgusto a nadie al morirme. Mi fortuna, con artístico sentido de la compensación, ha hecho que aquellos que pueden aspirar de mi muerte a algún fruto material, conjuntamente reciban de ella una pérdida igualmente material.

A menudo la muerte se nos hace más pesada por lo que pesa sobre los otros, y nos interesa en el interés de ellos casi tanto como en el nuestro, a veces aun más.

Entre las comodidades del alojamiento que yo busco no incluyo ni la pompa ni la amplitud

–antes bien las aborrezco–, sino cierta sencilla elegancia, que se encuentra más frecuentemente en los lugares donde menos abunda arte, y a los que la naturaleza honra con alguna gracia. Non ampliter sed munditer convivium.[57] Plus salis quam sumptus.[58]

Además, es cosa de aquellos a quienes sus negocios empujan en pleno invierno por los Grisones el ser sorprendidos en el camino por rigores tan extremos. Yo, que con la mayor frecuencia viajo por placer, no me guío tan mal. Si el tiempo está feo a la derecha, tomo por la izquierda; si no me encuentro bien para montar a caballo, me detengo. Y al obrar así, en realidad no veo nada que no sea tan placentero y cómodo como mi propia casa. Es cierto que encuentro la superfluidad siempre superflua, y no dejo de advertir lo inconveniente hasta en la misma delicadeza, como también en la abundancia. ¿Me he perdido de ver algo detrás de mí? Allí vuelvo; no deja de ser mi camino. No trazo ninguna línea segura, ni derecha ni curva. ¿No encuentro el lugar adonde voy, aquello que me habían contado? Así como a menudo ocurre que los juicios de los

demás no están de acuerdo con los míos, y con mucha frecuencia los he encontrado falsos, no me quejo por las molestias; simplemente compruebo que lo que me habían dicho no estaba allí.

Mi cuerpo tiene un temperamento libre y un gusto común, en tanto que hombre de mundo. La diversidad de las maneras de una nación a otra no me conmueve sino por el placer de la variedad. Cada costumbre tiene su razón. Sean los platos de estaño, de madera, de arcilla; sea guiso o asado, manteca o aceite de nuez, o bien de oliva; caliente o frío, todo me es igual, y a tal punto me es igual que, a medida que envejezco, acuso esta generosa facultad, y sería preciso que la delicadeza y la elección detuviesen a mi indiscreto apetito, y aliviaran a mi estómago en ocasiones. Cuando he estado fuera de Francia y, por cortesía, me han preguntado si quería ser servido a la francesa, me he burlado de ello y siempre me he lanzado a las mesas más nutridas de los extranjeros.

Siento vergüenza de ver a nuestros hombres embriagados de ese estúpido ánimo que los hace espantarse ante las formas contrarias a las suyas: les parece estar fuera de su elemento cuando están fuera de su aldea. Dondequiera que vayan, se atienen a sus propias costumbres, y abominan de las extranjeras. Si encuentran a un compatriota en Hungría, festejan la buena ventura: se ponen los dos a burlarse y a solazarse juntos, a condenar tantas costumbres bárbaras como puedan ver. ¿Y por qué no bárbaras, ya que no son francesas? Y éstos son todavía de los más astutos, que las han reconocido, a fin de poder denigrarlas. La mayoría no acometen la ida sino por la vuelta. Viajan protegidos y encogidos de una prudencia taciturna e incomunicable, defendiéndose del contagio de un aire desconocido.

Lo que acabo de decir de éstos me recuerda, por ser cosa semejante, lo que en ocasiones he advertido en algunos de nuestros jóvenes cortesanos. No tratan sino con gentes de su condición, y a nosotros nos miran como a seres del otro mundo, con desdén o con piedad. Si uno les quita sus conversaciones sobre los misterios de la corte, se encuentran fuera de su propia carne, tan nuevos para nosotros y torpes como nosotros somos para ellos. Bien se ha dicho que un hombre honesto es un hombre mezclado.

Al contrario, yo salgo a peregrinar, harto de nuestras costumbres,

no para buscar gascones en Sicilia (bastantes he dejado en casa); busco más bien griegos y persas: me relaciono con ellos, los considero; eso es a lo que me presto y a lo que me consagro. Y lo que es más, me parece que no he encontrado maneras que no valgan tanto como las nuestras. En pocas de ellas me aventuro, pues apenas he perdido de vista mis veletas.

Por lo demás, la mayoría de las compañías fortuitas que uno se encuentra en el camino reportan más incomodidad que placer: yo no me aferro a ninguna, con más razón ahora que la vejez me distingue y me sustrae de alguna manera a los hábitos comunes. Uno sufre por los demás, o los demás por uno; uno y otro inconveniente son penosos, pero el último me parece aun más duro. Es una rara fortuna, pero de inestimable alivio, tener a un hombre honesto, de firme entendimiento y maneras conformes a las propias, que guste de seguirnos. A mí me ha faltado, de manera muy aguda, en todos mis viajes. Pero una compañía semejante hay que habérsela escogido y procurado desde casa. Si no puedo comunicarlo, ningún placer tiene sabor para mí. Ni un solo pensamiento alegre me viene a la mente sin que me fastidie haberlo producido a solas y no poder ofrecerlo a nadie. Si cum hac exceptione detur sapientia, ut illam inclusam teneam nec enuntiem, rejiciam.[59] Hubo otro que hizo subir esta idea un tono más arriba. Si contigerit ea vita sapienti ut, omnium rerum afliuentibus copiis, quamvis omnia quae cognitione digna sunt summo otio secum ipse consideret et contempletur, tamem si solitudo tanta sit ut hominem videre non possit, excedat a vita.[60] La opinión de Arquitas me agrada: que hasta el mismo cielo se tornaría para él desagradable si tuviese que pasearse por sus grandes y divinos cuerpos celestes sin la asistencia de un compañero.

Pero más vale estar solo que en compañía fastidiosa e inepta. A Aristipo le gustaba vivir en todas partes como un extranjero.

Me si fata meis paterentur ducere vitam auspiciis,[61]

yo elegiría pasarla con el culo sobre la silla:

Visere gestiens,

Qua parte debacchentur ignes,

Qua nebulae pluviique rores.[62]

¿No tiene usted mejores pasatiempos? ¿Acaso le falta algo? ¿No se halla su casa en el aire libre y sano, lo bastante aprovisionada, y no es más que suficientemente espaciosa?

La real majestad ha podido alojarse allí más de una vez con toda su pompa.[63] ¿No se rebaja su familia en rango, más de cuanto se eleva en eminencia? ¿Hay en ello algún pensamiento singular que lo corroe, algo extraordinario e indigesto?

Quae te nunc coquat et vexet sub pectore fixa?[64]

¿Dónde cuenta usted con la posibilidad de encontrarse sin estorbos y sin perturbaciones? Nunquam simpliciter fortuna indulget[65]. Vea pues que sólo usted se atormenta, y se seguirá a sí mismo a todas partes, y en todas partes se lamentará. Pues aquí abajo no hay satisfacción sino para las almas brutales o para las divinas. Quien no encuentra contento en circunstancias tan justas, ¿adónde espera hallarlo? ¿A cuántos millares de hombres una condición semejante a la de usted le impide realizar sus anhelos? Simplemente refórmese, pues a ese respecto todo lo puede, allí donde a la fortuna tiene sólo el derecho de oponerle la paciencia. Nulla placida quies est, nisi, quam ratio composuit.[66]

Veo la razón de esta advertencia, y la veo muy bien; pero habría sido mejor y más pertinente decirme sólo dos palabras: Sea prudente. Esta resolución está más allá de la prudencia: es su obra y su producto. Así hace el médico que grazna detrás de un pobre enfermo que agoniza, diciéndole que se regocije; con menos

ineptitud le aconsejaría: Sea sano. Por mi parte, no soy un hombre de espíritu más elevado que el común.

Es un precepto saludable, seguro y de fácil comprensión: Conténtese con lo suyo, es decir, con la razón. La ejecución, no obstante, no es sencilla ni siquiera para los que son más sabios que yo. Es una expresión popular, pero tiene un terrible alcance. ¿Qué asunto no abarca? Todas las cosas caen en el ámbito de la discreción y de la enmienda. Bien sé que si se lo toma al pie de la letra, este placer de viajar atestigua inquietud, irresolución. Es que éstas son también nuestras cualidades principales y predominantes. Sí, lo confieso, no avizoro nada, solamente en sueños y por la fuerza del ansia, en lo que pueda persistir; sólo la variedad me compensa, y la posesión de la diversidad, si es que hay algo que me compense. Al viajar, la misma noción de que puedo detenerme sin que me mueva a ello ningún interés, y de que tengo donde divertirme despreocupadamente, me alimenta. Amo la vida privada, porque sucede por mi elección que yo la ame, no por desinteligencia con la vida pública, que tal vez no convenga menos a mi temperamento. Sirvo así más alegremente a mi príncipe porque lo hago por libre elección de mi discernimiento y de mi razón, sin ninguna obligación. Y no porque no me vea rechazado u obligado por ser inaceptable o malquerido por cualquier otra bandera. Y así en todo lo demás. Detesto la porción que la necesidad me recorta. Me oprimiría la garganta cualquier ventaja de la que tuviera que depender de manera excluyente:

Alter remus aquas, alter mihi radat arenas.[67]

Una sola cuerda jamás podría retenerme lo suficiente.

–Pero hay vanidad –se me dirá– en este modo de distracción.

¿Y dónde no? Esos hermosos preceptos son vanidad, y vanidad la sabiduría toda.

Dominus novit cogitationes sapientium, quoniam vanae sunt.[68]

Estas exquisitas sutilezas sólo son apropiadas para la prédica: son discursos que pretenden enviarnos con todo y albarda al otro mundo.

La vida es un movimiento material y corporal, acción imperfecta en su propia esencia, y desarreglada; yo me consagro a servirla según su naturaleza.

Quisque suos patimur manes.[69]

Sic est faciendum ut contra naturam universam nihil contendamus; ea tamen conservata, propriam sequamur.[70] *¿Para qué esos puntos altos de la filosofía sobre los cuales ningún ser humano puede encaramarse, y esas reglas que exceden a nuestras costumbres y a nuestras fuerzas? Con frecuencia veo que se nos proponen imágenes de vida, imágenes que ni el proponente ni los oyentes tienen la más mínima esperanza de seguir, ni tampoco, lo que es peor, la menor gana de hacerlo. De ese mismo papel en el que acaba de escribir el bando de condenación contra un adúltero, el juez arranca un pedazo para hacerle una esquela de amor a la mujer de su colega. Aquella con quien se acaba de tener ilícitos frotamientos, gritará más airadamente aun que cuanto lo haría Porcia, incluso en presencia de su propia amante, ante una falta semejante por parte de su compañera. Y aquel otro condena a hombres a morir por crímenes que él mismo no considera en absoluto faltas. En mi juventud he visto a un hombre galante presentar con una mano al pueblo versos excelentes tanto en belleza como en emoción, y con la otra mano, en el mismo instante, la más pendenciera reforma teológica de la que el mundo se haya desayunado en mucho tiempo.*

Así van los hombres. Dejamos que las leyes y los preceptos sigan su camino, nosotros nos atenemos a otro; no solamente por desarreglo de las costumbres, sino por convicción, muy a menudo, y por opinión contraria. Oímos leer un discurso filosófico: la invención, la elocuencia, la pertinencia golpea nuestro espíritu y nos conmueve; no hay nada que cosquillee o aguijonee nuestra conciencia; no es a ella a quien se le habla. ¿Acaso no es cierto?

Por eso que Aristón decía que ni un baño turco ni una lección son del menor provecho si no limpian y no pulen.

Uno puede detenerse en la corteza, pero sólo después de haber retirado la pulpa; así como después de haber bebido el buen vino de una bella copa nos ponemos a considerar las tallas que la adornan.

En todos los cuarteles de la filosofía antigua se encontrará que un mismo autor publica reglas de templanza conjuntamente con escritos de amor y disolución. Y Jenofonte, en el regazo de Clinias, escribió contra la voluptuosidad de Aristipo. No es que exista en ello una conversión milagrosa que los agita por oleadas. Es que Solón se representa ora a sí mismo, ora en forma de legislador: tan pronto habla para la multitud como para sí mismo; y para sí toma las reglas libres y naturales, asegurándose una salud plena y robusta.

Curentur dubii medicis majoribus aegri.[71]

Antístenes le consiente al sabio amar y hacer como le parezca lo que considere oportuno, sin preocuparse por las leyes; puesto que juzga mejor que ellas, y tiene más conocimiento de la virtud. Su discípulo Diógenes decía oponer la razón a las perturbaciones, a la fortuna la confianza, a las leyes la naturaleza.

Para los estómagos delicados, se necesitan disposiciones obligatorias y artificiales. Los estómagos resistente siguen sencillamente las prescripciones de su apetito natural. Así se comportan nuestros médicos, que comen melón y beben vino fresco mientras tienen a su paciente a jarabe y a sopa.

Yo no sé qué hay de todos esos libros, decía la cortesana Laïs, de toda esa sapiencia y filosofía, pero esa gente viene a golpear a mi puerta con tanta frecuencia como cualquier otra. En la misma medida en que nuestra licencia nos lleva siempre más allá de lo que nos es lícito y permitido, a menudo los preceptos y leyes de nuestra vida se han estrechado más allá de la razón universal.

Nemo satis credit tantum delinquere quantum permittas.[72]

Sería deseable que se guardase más proporción entre la orden y la obediencia; nos parece injusta, aquella meta que no podemos alcanzar. No hay hombre de bien cuyas acciones y pensamientos, al someterse al examen de las leyes, no le valgan ser colgado diez veces en su vida, incluso aquel a quien sería una verdadera lástima y una injusticia castigar y perder.

Olle, quid ad te

De cute quid faciat ille, vel illa sua?[73]

Y alguno podría no ofender en absoluto las leyes, sin por ello merecer en nada el elogio de los hombres de virtud, y aunque la filosofía con toda justicia lo hiciese azotar. A tal punto esta relación es confusa y desigual. No nos preocupamos por ser gente de bien de acuerdo con Dios; no sabríamos serlo de acuerdo con nosotros mismos. La sabiduría humana jamás alcanzó los deberes que ella misma se había prescrito; si los hubiese alcanzado, se habría prescrito otros más allá, a los que aspirar y tender siempre: a tal punto nuestra condición es enemiga de la constancia. El hombre se ordena a sí mismo estar necesariamente en falta. Carece de propósito esculpir su obligación a la medida de un ser que no es el suyo. ¿A quién le prescribe aquello que no espera que nadie haga? ¿Se le antoja injusto no hacer en absoluto lo que le resulta imposible hacer?

Las leyes que nos condenan a no poder nos acusan ellas mismas de lo que no podemos. En el peor de los casos, esta deforme libertad de presentarse con dos rostros, la acción por un lado y el discurso por otro, quizá le sea lícita a aquellos que dicen cosas; pero no puede serlo para aquellos que se dicen a sí mismos, como lo hago yo: es

preciso que mi pluma avance por la misma senda que mis pies. La vida pública debe mantener un diálogo con las otras vidas. La virtud de Catón era fuerte más allá de la medida de su siglo; y para un hombre que se inmiscuía en el gobierno de los otros, destinado al servicio común, se podría decir que la suya era una justicia, si no injusta, al menos vana y fuera de tiempo. Mis propias maneras, que no discrepan de las corrientes más que en el grosor de una pulga, no obstante me vuelven, para mi época, algo insociable y salvaje. Yo no sé si me siento asqueado sin razón del mundo que frecuento, pero sé muy bien que no sería razonable que me quejase si él se sintiera asqueado de mí otro tanto.

La virtud atribuida a los asuntos del mundo es una virtud con muchos pliegues, recovecos y recodos como para superponerse y coincidir con la debilidad humana, confusa y artificial: ni recta, limpia, constante ni puramente inocente. Hasta nuestros días los anales reprochan a alguno de nuestros reyes el haberse dejado ir con demasiada sencillez por las concienzudas persuasiones de su confesor. Los asuntos de Estado tienen preceptos más audaces:

Exeat aula

Qui vult esse pius.[74]

Antaño intenté emplear en el servicio de los manejos públicos unas opiniones y reglas de vida tan rudas, nuevas, inciviles e impolutas como las hizo nacer en mí o me brindó mi educación, y de las cuales me sirvo, si no cómodamente, al menos con seguridad en los asuntos particulares: una virtud escolástica y novicia. Las encontré ineptas y peligrosas. Aquel que va con la multitud es preciso que se desvíe, que apriete los codos, que recule o que avance, incluso que abandone su recto camino, según aquello con que se tope; que viva no tanto de acuerdo consigo mismo como de acuerdo con los otros; no según lo que él se propone sino según lo que otros le sugieren; de acuerdo con el tiempo, los hombres, los asuntos.

Platón dice que quien escapa honrosamente a los manejos del

mundo, escapa por milagro. Y dice también que, cuando él proclama a su filósofo como cabeza de una sociedad, no se refiere a una sociedad corrompida como la de Atenas, y muchísimo menos como la nuestra, ante las cuales la sabiduría misma, confundida, olvidaría hasta el latín. Como una planta trasplantada a un suelo muy diferente al que le es propicio, se conforma más bien a éste en lugar de reformarlo a su condición.

Yo siento que si tuviera que encauzarme a tales ocupaciones, me harían falta muchos cambios y ajustes. Aun cuando pudiera obrar de tal manera sobre mí (¿y por qué no habría de poder, con tiempo y esmero?), no lo querría. De lo poco que me ejercité en esos oficios, les tomé no menos asco. A veces siento abonarse en mi alma algún impulso hacia la ambición; pero me rebelo y me obstino en lo contrario:

Attu, catulled, obstinatus obdura.[75]

No se me convoca en absoluto, y yo no me ofrezco más. La libertad y el ocio, que son mis cualidades principales, son cualidades diametralmente contrarias a esa profesión.

No sabemos distinguir las facultades de los hombres; esas facultades tienen divisiones y fronteras delicadas y difíciles de señalar. Concluir de las aptitudes de una vida privada alguna similar aptitud para el provecho público es conclusión errónea: se conduce bien a sí mismo quien no conduce bien a los otros, y produce ensayos quien no sabría producir efectos; y da a su escaño un buen empleo quien mal podría dar batalla, y muy bien discurre en privado quien arengaría mal a un pueblo o a un príncipe. Quizá poder una cosa es más bien testimonio de no poder la otra, en lugar de lo contrario. Yo considero que los espíritus elevados no son más aptos para las cosas bajas que los espíritus bajos para las elevadas.

¿Ha de creerse que Sócrates diese a los atenienses motivo para reír a sus expensas, por no haber sabido nunca computar los sufragios de su tribu e informar de ello al consejo?

Ciertamente, la veneración en que tengo las perfecciones de ese personaje merece que su fortuna provea de un ejemplo tan magnífico a la excusa de mis principales imperfecciones.

Nuestra aptitud se deslinda en pequeñas partes. La mía carece de toda anchura, y por ello resulta escuálida en número. Saturnino, a aquellos que le habían conferido todo el mando, les decía: Compañeros, han perdido un buen capitán para hacer de él un mal general de todos los ejércitos. El que se jacta, en un tiempo perverso como éste, de poner al servicio del mundo una virtud inocente y sincera, o bien no la conoce, pues las opiniones están contaminadas por las costumbres (y en verdad, oigan a la mayoría glorificarse en sus conductas y establecer sus reglas: en lugar de pintar la virtud, pintan la pura injusticia y el vicio, y así presentan una virtud falsa a la instrucción de los príncipes) o bien, si la conoce, se vanagloria equívocamente y, no importa lo que diga, hace mil cosas de las que su propia conciencia lo acusa. De buena gana le creería a Séneca sobre su experiencia en dicho trance, siempre y cuando tuviese a bien hablarme de ella a corazón abierto. La más honorable señal de bondad en un apuro semejante consiste en reconocer libremente la propia falta y la de los demás, resistir y retardar con todas las fuerzas la inclinación hacia el mal, recelar de esa pendiente, esperar y desear algo mejor. Yo advierto en estos desmembramientos que padece Francia, en las divisiones en las que hemos caído: cada uno se empeña en defender su causa con impostura y con mentira. Quien escribiera sobre ellos sin rodeos, lo haría temeraria y viciosamente. El partido más justo no deja de ser miembro de un cuerpo agusanado y carcomido. Pero al miembro menos enfermo de semejante cuerpo se lo llama sano, y a justo título, pues nuestras cualidades no tienen nombre excepto en la comparación. La inocencia civil se mide de acuerdo con los lugares y las épocas. Me gustaría ver en Jenofonte una alabanza semejante de Agesilao: cuando un príncipe vecino, con quien había tenido guerras en el pasado, le solicitó permiso para atravesar sus tierras, él se lo concedió, dándole paso a través del Peloponeso; y no solamente no lo encarceló, ni lo envenenó, puesto que lo tenía a su merced, sino que lo recibió con cortesía, sin hacerle ofensa alguna. Para los ánimos de entonces, esto no es decir nada; es en otro lugar y en otro tiempo donde se pondrá de relieve la franqueza y la magnanimidad de semejante acción. Estos babuinos capetos se habrían burlado, tan

poco se parece la inocencia espartana a la francesa.

No dejamos de tener hombres virtuosos, pero lo hacemos a nuestra manera. Quien tenga sus costumbres establecidas de acuerdo con reglas que están por encima de las de su siglo, que tuerza y relaje sus reglas, o bien, lo que más bien le aconsejo, que se retire a sus cuarteles y no se mezcle en absoluto con nosotros. ¿Qué ganaría con hacerlo?

Egregium sanctumque virum si cerno, bimembri

Hoc monstrum puero, et miranti jam sub aratro

Piscibus inventis, et foetae comparo mulae.[76]

Se puede añorar mejores tiempos, pero no escapar de los presentes; se puede desear otros magistrados, pero hay, no obstante, que obedecer a éstos. Y quizá sea más recomendable obedecer a los malos que a los buenos. En tanto la imagen de las leyes recibidas y antiguas de esta monarquía reluzca en algún confín, allí me plantaré. Si por desgracia llegan a contradecirse y estorbarse las unas a las otras, y a producir dos partidos de elección difícil y dudosa, mi decisión será antes bien la de escapar y sustraerme a esta tormenta; la naturaleza me dará una mano en ello, o bien los azares de la guerra.

Entre César y Pompeyo me habría pronunciado francamente. Pero entre esos tres ladrones[77] que vinieron después habría sido preciso esconderse o ir hacia donde soplara la brisa, cosa que yo considero lícita cuando la razón nos ha dejado de guiar.

QUO DIVERSUS ABIS?[78]

Esta digresión está un poco alejada de mi tema. Me desvío, pero

antes por licencia que por descuido. Mis fantasías se siguen unas a otras, pero a veces desde lejos, y se contemplan, pero con una mirada oblicua. Mis ojos han sobrevolado ese diálogo de Platón[79] abigarrado de un modo fantástico y al medio dividido, la primera parte para el amor, todo el final para la retórica. Ojos que no temen para nada esas mudanzas, y tienen una maravillosa gracia para dejarse así ir rodando en el viento, o para que así parezca. Los títulos de mis escritos no siempre abrazan su materia; a menudo la denotan únicamente por alguna huella, como estos otros títulos: Andria, El eunuco[80], o estos otros nombres: Escila, Cicerón, Torcuato.[81] Me gusta el cariz poético, a saltos y a brincos. Es un arte, como dice Platón, ligero, voluble, demoníaco. Hay obras en las que Plutarco se olvida de su tema, o en las que el tópico de su argumento no se encuentra sino incidentalmente, ahogado por una materia que le es ajena: véase su andadura en El demonio de Sócrates. Oh, Dios, qué gallardas digresiones, cuánta belleza en esa variación, y más aun cuanto más se adentra en lo fortuito y lo despreocupado. Es el lector poco diligente el que pierde de vista mi asunto, no yo; siempre se encontrará en un rincón alguna palabra que sea un indicio suficiente, aunque concisa. Voy cambiando, indiscreta y tumultuosamente. Mi estilo y mi espíritu vagabundean por igual. Tiene que ser un poco loco quien no quiera ser algo más que un poco tonto, dicen los preceptos de nuestros maestros y sobre todo sus ejemplos. Mil poetas se arrastran y languidecen en lo prosaico; pero lo mejor de la antigua prosa, y yo aquí la siembro indiferentemente como verso, brilla en todas partes por su vigor y su audacia poética, y con su furor representa el aire de la poesía. Para ello debe abandonar su maestría y preeminencia en el parloteo.

El poeta, dice Platón, sentado sobre el trípode de las musas, vierte en furia todo lo que le viene a los labios, como la gárgola de una fuente, sin rumiarlo ni pesarlo, y cosas de color diverso escapan de él, cosas de substancia contradictoria y de cauce entrecortado. La vieja teología es toda poesía, dicen los que saben, y la primera filosofía es la lengua original de los dioses.

Yo entiendo que la materia se distingue por sí misma. Ella ostenta de manera suficiente el lugar donde cambia, donde concluye, donde comienza, donde recomienza, sin que tenga que enredarla de

palabras, de relaciones y de costuras introducidas para beneficio de oídos débiles e indolentes, y sin glosarme a mí mismo. ¿Quién no prefiere no ser leído en absoluto a serlo mientras se duerme o se huye? Nihil est tam utile, quod in transitu prosit.[82]

Si tomar los libros en la mano fuese aprenderlos, si verlos fuese observarlos, y recorrerlos captarlos, tendría yo dificultades para hacerme pasar por alguien tan ignorante como pretendo. Puesto que no puedo tener en suspenso la atención del lector por medio del peso, manco male[83] si resulta que la tengo en suspenso a expensas del embrollo.

–Sí, pero luego se arrepentirá de haberse entretenido en él –se me dirá.

Es posible, sí, pero de todas maneras se habrá entretenido. Por lo demás, hay ánimos así, a los que la inteligencia mueve a desdén, que me estimarán mejor por no saber de lo que hablo: colegirán la profundidad de mi sentido a partir de la oscuridad; oscuridad que, a propósito, yo detesto, y que evitaría si pudiese hacerlo. En alguna parte Aristóteles se jacta de afectarla: ¡viciosa afectación!

Debido a que los cortes tan frecuentes entre capítulos, de los que me servía al comienzo, me parecían interrumpir la atención antes de que hubiese nacido, y disolverla, puesto que ella desdeña concentrarse por tan poco para luego volver a relajarse, me puse a hacerlos más largos, de manera que requieran determinación y tiempo disponible. En semejante ocupación, a aquel a quien no se está dispuesto a otorgar una sola hora, no se le otorgará nada. Y no hacemos nada por aquel por quien sólo actuamos al hacer otra cosa.

Añádase a esto que tal vez tengo alguna obligación particular de no decir sino a medias, de decir confusamente, de decir discordantemente.

Pues tengo algo contra esa razón aguafiestas. Y si esos proyectos extravagantes que trabajan la vida, si esas opiniones tan delicadas contienen acaso alguna verdad, encuentro esa verdad demasiado cara e incómoda. Por el contrario, me empeño en hacer valer la mismísima vanidad y la burrada si ella me aporta placer, y me permite seguir mis inclinaciones naturales sin controlarlas de tan

cerca.

En otras partes he visto palacios en ruinas, y estatuas, y cielo y tierra: son siempre de los hombres. Todo eso es verdad; y sin embargo no podría volver a ver tan a menudo la tumba de aquella ciudad, tan grande y tan poderosa, sin volver a admirarla y a reverenciarla. Velar por los muertos nos ha sido encomendado. Por lo demás, desde mi infancia se me alimentó con su espíritu; conocí los asuntos de Roma mucho tiempo antes de tener noticias de los de mi casa: conocí el Capitolio y su planta antes que el Louvre, y el Tíber antes que el Sena. Tuve más presentes las cualidades y fortunas de Luculo, Metelo y Escipión de cuanto he tenido las de algunos de nuestros hombres. Todos ellos son difuntos. También lo es mi padre: tan completamente como ellos, y no se ha alejado menos de mí en dieciocho años que aquéllos en dieciséis siglos; sin embargo, no dejo nunca de abrazar y ejercer su memoria, su amistad y su compañía, con una unión perfecta y viva.

Incluso, por inclinación de mi ánimo soy más oficioso para con los difuntos: ellos mismos ya no se ayudan; por ello requieren, me parece, tanto más de mi ayuda. La gratitud brilla allí precisamente en su esplendor. El obrar bien resulta menos desprendido donde es posible el paso atrás y la reflexión. Arcesilao, al visitar a Ctesibio, que se hallaba enfermo, y encontrándolo en la miseria, introdujo discretamente el dinero que le llevaba bajo la cabecera de la cama; y al ocultárselo, lo dispensó además de quedarle agradecido. Aquellos que han merecido amistad y gratitud de mi parte no las han perdido nunca por no estar ya presentes: yo les he pagado mejor y más minuciosamente en su ausencia y sin que ellos lo supieran. Hablo más afectuosamente de mis amigos cuando ya no hay manera de que lo sepan.

Por lo demás, he acometido cien querellas en defensa de Pompeyo y por la causa de Bruto.

Esta amistad todavía dura entre nosotros; incluso a las cosas presentes, no es sino por la fantasía que las tenemos. Encontrándome inútil para este siglo, me arrojo a aquel otro, y me dejo embelezar por él en la medida en que me interesa y me apasiona el estado de esa antigua Roma libre, justa y floreciente (pues yo no amo ni su nacimiento ni su vejez). Debido a lo cual,

cada vez que vuelvo a ver, no importa cuán a menudo lo haga, el asiento de sus calles y de sus casas, y esas ruinas que de tan profundas llegan hasta las antípodas, no puedo dejar de entretenerme. ¿Se debe a nuestra naturaleza o a un error de la fantasía que la visión de esos lugares alguna vez frecuentados y habitados, según sabemos por aquellos cuya memoria velamos, de alguna manera nos conmueva más que el relato de sus hechos o la lectura de sus escritos?

Tanta vis admonitionis inest in locis. Et id quidem in hac urbe infinitum: quacunque enim ingredimur, in aliquam historiam vestigium ponimus.[84] *Me gusta apreciar sus rostros, su porte y vestimentas; mascullo esos grandes nombres entre dientes y los hago resonar en mis oídos. Ego illos veneror et tantis nominibus semper assurgo.*[85] *De las cosas que son grandes y admirables en alguna de sus partes, yo admiro incluso las partes comunes. ¡De buen grado los observaría conversar, pasear, cenar! Sería una ingratitud despreciar las reliquias y las imágenes de tantos hombres honestos y valerosos, a quienes he visto vivir y morir, y que nos entregan tantas buenas enseñazas por medio de su ejemplo, si fuésemos capaces de seguirlo.*

Y además esa misma Roma que vemos merece que se la ame, confederada como está desde hace tan largo tiempo y por tantos títulos a nuestra corona: la única ciudad común y universal. El soberano magistrado que allí gobierna es reconocido de modo similar en otras partes: es la metrópolis de todas las naciones cristianas; el español y el francés, cada uno de ellos se encuentra allí en su casa. Para ser príncipes de ese Estado, basta con que lo sean de la cristiandad, donde quiera que ella esté. No hay sitio aquí abajo al que el cielo haya abrazado con el influjo de tal favor y tal constancia. Hasta su ruina es gloriosa y pletórica:

Laudandis preciosior ruinis.[86]

Todavía conserva en la tumba señales e imagen de imperio. Ut palam sit uno in loco gaudentis opus esse naturae.[87] Alguien se censuraría y se rebelaría contra sí mismo al sentir la cosquilla de un

placer tan vano. Nuestros caprichos no son demasiado vanos, si sucede que son placenteros: cualesquiera sean los que complacen con constancia a un hombre capaz de sentido común, yo no me atrevería a compadecerlo.

Le debo mucho a la fortuna por no haber hecho, hasta el momento, contra mí nada ultrajante, al menos por encima de lo que yo pudiese soportar. ¿Será su manera de dejar en paz a aquellos por quienes no es en absoluto importunada?

Quanto quisque sibi plura negaverit, a diis plura feret. Nil cupientium nudus castra peto… … multa petentibus desunt multa.[88]

Si continúa así, ella me despachará muy contento y satisfecho,

Nihil supra

Deos lacesso.[89]

Pero cuidado con el golpe. Hay mil que se estrellan contra el puerto.

Me consuelo sobradamente por cuanto ha de sobrevenir aquí, cuando yo ya no esté; las cosas presentes me mantienen bastante ocupado,

Fortuna caetera mando.[90]

No tengo para nada ese poderoso lazo que según dicen une a los hombres con el porvenir, a través de los hijos que llevan su nombre

y su honor. Y quizá deba desearlos menos aun, si es que son tan deseables. Ya tengo demasiado en el mundo y en esta vida conmigo mismo.

Me contento con ser prisionero de la fortuna, por las circunstancias que le son necesarias a mi propio ser, sin extender más allá la jurisdicción que tiene sobre mí; y no he considerado nunca que carecer de hijos fuese un defecto que torne la vida menos completa o menos satisfactoria. Los oficios estériles tienen también sus ventajas. Los niños forman parte de las cosas que no tienen porqué desearse, sobre todo en estos tiempos en que sería tan difícil sacarlos buenos. Bona jam nec nasci licet, ita corrupta sunt semina[91]; y no por ello no son menos genuinos los motivos de lamentarlos, para aquellos que los pierden después de haberlos tenido.

Aquel que me dejó mi casa a cargo pronosticaba que yo la arruinaría, pues consideraba mi ánimo poco hogareño. Se equivocó: heme aquí tal como en ella entré, si acaso no un poco mejor; sin vocación, no obstante, y sin provecho.

Mientras tanto, si la fortuna no me ha hecho ninguna ofensa violenta y extraordinaria, tampoco me ha dispensado el menor favor. Todo lo que de sus dones hay en nuestra casa ha estado allí cien años antes que yo. No tengo particularmente ningún bien esencial y sólido que deba a su liberalidad. Ella me ha hecho algunas mercedes aéreas, honorarias y de mero título, sin substancia; y a decir verdad no me las ha acordado, sino ofrecido. ¡Dios lo sabe! A mí que soy enteramente material, que no me recreo sino en la realidad, bien concreta además, y que, si he de osar confesarlo, no considero la avaricia menos excusable que la ambición, ni el dolor menos evitable que la vergüenza, ni la salud menos deseable que la doctrina, o la riqueza menos que la nobleza.

Entre sus vanos favores, no hay ninguno que complazca tanto a ese tonto capricho que se solaza en mí, como una auténtica bula de ciudadanía romana que me fue concedida la última vez que allí estuve, pomposa en sellos y letras doradas, y concedida con la más magnánima merced. Y puesto que se dan en estilo diverso y más o menos favorable, y dado que antes de que viese una me habría sido útil que se me mostrase uno de estos formularios, quisiera ahora,

para satisfacer a alguno (si lo hay enfermo de una curiosidad parecida a la mía), transcribirla aquí en su forma original:

Quod horatios maximus, martius cecius, alexander mutus almæ urbis conservatores, de illustrissimo viro michaele montano, equite sancti michaelis et a cubiculo regis chrstianissimi, romana civitate do-nando, ad senatum retulerunt, s.P.Q.R. De ea re ita fieri censuit:

Cum veteri more et instituto cupide illi semper studioseque suscepti sint, qui, virtute ac nobilitate praestantes, magno Reip. nostrae usui atque ornamento fuissent vel esse aliquanto possent, Nos, majorum nostrorum exemplo atque auctoritate permoti, paeclaram hanc Consuetudinem nobis imitandam ac servandam fore censemus. Quamobren, cum Illustrissimus Michael Montanus, Eques sancti Michaelis et à Cubiculo Regis Chrstianissimi, Romani nominis studiossisimus, et familiae laude atque splendore et propriis virtutum meritis dignissimus sit, qui summo Senatus Populique Romani judicio ac studio in Romanam Civitatem adsciscatur, placere Senatui P.Q.R. Illustrissimum Michaelem Montanum, rebus omnibus ornatissimum atque huic inclyto populo charissimum, ipsum posterosque in Romanam Civitatem adscribi ornarique omnibus et paemiis et honoribus quibus illi fruuntur qui Cives Patritiique Romani nati aut jure optimo facti sunt. In quo censere Senatum P.Q.R. se nontam illu jus Civitatis largiri quam debitum tribuere, neque magis beneficium dare quam ab ipso accipere qui, hoc Civitatis munere accipiendo, singulari Civitatem ipsam ornamento atque honoce affecerit. Quam quidem S.C. auctoritatem iidem Conservatores per Senatus P.Q.R. scribas in acta referri atque in Capitoli curia servari, privilegiumque hujusmodi fieri, solitoque urbis sigillo communiri curarunt. Anno ab urbe condita CXCCCCXXXI, post Christum natum M.D LXXX.,

III. Idus Martii.

Horatius fuscus, sacri s.P.Q.R. Scriba.

Vincen.. Martholus, sacri s.P.Q.R. Scriba.[92]

No siendo ciudadano de ninguna ciudad, estoy muy conforme de serlo de la más noble que fue y que será jamás. Si los otros se observaran atentamente, como yo lo hago, se encontrarían, al igual que yo, llenos de inanidad y de sandez. Desembarazarme de ellas no puedo sin desembarazarme de mí. Todos estamos impregnados de ellas, tanto unos como otros; pero aquellos que lo perciben lo sobrellevan un poco mejor, aunque de esto no estoy muy seguro.

Esa tendencia y esa costumbre de mirar hacia otro lado y no a nosotros mismos tienen mucho que ver con nuestro asunto. Es un objeto portador de gran descontento; no vemos en él sino miseria y vanidad. Para no incomodarnos, la naturaleza ha arrojado muy adrede la acción de nuestra vista hacia el exterior. Vamos para adelante adonde nos lleva la corriente, pero desandar hacia nosotros mismos nuestra carrera es movimiento penoso: el mar se revuelve y se exaspera cuando es empujado contra sí mismo. Miren, dicen todos, miren los movimientos del cielo, miren al público, miren la querella de éste, miren el pulso de aquél, el testamento del otro; en suma, miren siempre arriba o abajo, o al costado, o adelante, o atrás de ustedes. Era un mandato paradójico el que antiguamente nos daba aquel dios de Delfos: Mírense a sí mismos, reconózcanse, sosténganse a sí mismos; su espíritu es su voluntad, que se consume afuera. Condúzcanla otra vez hacia sí; se escurren, se esparcen: reúnanse, sosténganse; se los traiciona, se los disipa, se los sustrae a sí mismos

¿No ves que este mundo mantiene todas sus visiones constreñidas en el interior y sus ojos abiertos para contemplarse a sí mismo?

Es siempre vanidad para ti, adentro y afuera, pero es menos vanidad cuando está menos extendida. Excepto por ti, oh hombre, decía ese dios, cada cosa se estudia antes que nada a sí misma, y tiene, según sus necesidades, límites para sus trabajos y deseos. No hay ninguna tan vacía y menesterosa como tú, que abrazas el universo: eres el que escruta sin conocimiento, el magistrado sin jurisdicción y, después de todo, el bufón de la farsa.

1 Sin duda, se trata de un famoso versículo del Eclesiastés: “Vanidad de vanidades, y todo vanidad…” [N. del T.].

2 Pitágoras imponía a sus discípulos un silencio de varios años [N. del T.].

3 “La luz misma del día no nos da una sensación agradable sino porque las horas regresan con nuevos corceles”. (Petronio, Fragmento 678)

4 Es el granizo que asola las viñas; la tierra es engañosa: los árboles acusan ora la lluvia, ora el cielo que ha quemado los campos, ora el cruel invierno”. (Horacio, Odas, III, 1, 29)

5 “O bien un sol demasiado ardiente quema los cultivos, o bien lluvias repentinas y blancas heladas los destruyen, o bien los violentos torbellinos del viento los devastan”. (Lucrecio, V, 216)

6 Alusión a Plutarco (Vida de Pablo Emilio, 3). Un romano a quien se reprocha el haber repudiado a su joven y hermosa mujer, responde: “Vean este zapato, es nuevo y está bien hecho; pero sólo yo sé dónde me lastima…”. El proverbio pervive hasta nuestros días, incluso en el habla popular rioplatense: “Cada uno sabe dónde le aprieta el zapato”. [N. del T.]

7 No es por sus ingresos que hay que estimar la fortuna de quien sea, sino por sus costumbres y su forma de vida”. (Cicerón,

Paradojas, VI, 3)

8 “Nadie resiste a sí mismo, cuando se ha comenzado a ceder”. (Séneca, Epístolas, II, XIII)

9 “El agua que cae gota a gota socava la piedra”. (Lucrecio, I, 314)

10 “Entonces nuestra alma es desgarrada por las preocupaciones”. (Virgilio, Eneida, V. 720)

11 “¿Por qué no te ocupas más bien de alguna cosa útil, de trenzar canastos de flexible junco?” (Virgilio, Bucólicas, II, 71)

12 ¡Pueda yo pasar allí mi vejez, que pueda encontrar allí el reposo después de tantas travesías, tantos viajes y tantos combates!” (Horacio, Odas, II, VI, 6) Ofrecemos esta traducción alternativa, que parece más plausible: “Sea el último retiro / de mi vejez, y su calma / goce un cuerpo al que fatigan / mar, caminos y batallas” (Odas, II, VI, “A Septimio”, versión de Bonifacio Chamorro, Buenos Aires, Espasa Calpe, Colección Austral, 1946, p. 80). [N. del T.]

13 “Es cuando los compartimos con nuestros semejantes que gustamos más de los frutos del genio, de la virtud y de la superioridad”. (Cicerón, De Amicitia, 19)

14 “Mucha gente, temiendo ser engañada, ha incitado al engaño y, por obra de sus sospechas, ha justificado las trapacerías de los otros”. (Paráfrasis de Séneca, Epístolas, I, III)

15 “La servidumbre es la sujeción de un alma cobarde y baja que carece de poder sobre sí misma”. (Cicerón, Paradojas, V, I)

16 “¡Los sentidos!, ¡oh dioses, los sentidos!”

17 “Los vasos y los platos me devuelven mi imagen”. (Horacio, Epístolas, I, v, 23)

18 “Estos tiempos peores que los siglos de hierro, para cuyos crímenes ya no se encuentra nombre y para los que la naturaleza ya no posee ningún metal”. (Juvenal, XIII, 28)

19 “En que el justo y el injusto se confunden”. (Virgilio, Geórgicas, I, 505)

20 “Labran la tierra con las armas, se complacen en vivir de rapiñas y en acumular nuevos botines”. (Virgilio, Eneida, VII, 748)

21 Se trata de Ponerópolis, “la ciudad de los malvados”. [N. del T.]

22 Guy du Faur de Pibrac (1529-1584), Quatrains: “Ama al Estado tal como ves que existe: Si regio es, ama entonces la realeza; Si de pocos o de muchos es la empresa, ámalo también: en él por Dios naciste”. [N. del T.]

23 “Menos deseosos de cambiar el gobierno que de destruirlo”. (Cicerón, De Officiis, II, I)

24 “Ay, nuestras cicatrices, nuestros crímenes, nuestras guerras fratricidas nos cubren de vergüenza. ¿Nuestra época cruel se ha ahorrado algo? ¿Hemos dejado algo a salvo de nuestros excesos? ¿El temor de los dioses ha detenido las manos de la juventud? ¿Qué altares ha respetado ésta?” (Horacio, Odas, I, XXXV, 33)

25 “La misma diosa Salus sería impotente para salvar a esta familia”. (Terencio, Adelfas, IV, VII, v. 43)

26 “Los dioses se sirven de los hombres casi como si fuesen balones”. (Plauto, Los cautivos, prólogo, v. 22)

27 “La fortuna no confiere a ninguna nación el derecho de vengarla de un pueblo que es amo de la tierra y del mar”. (Luciano, I, 82)

28 “No se sostiene más que por débiles raíces; su peso lo hace durar”. (Luciano, I, 138)

29 “Tienen sus dolencias; una calamidad similar los amenaza a todos”. (Tomado de Virgilio, Eneida, XI, 422)

30 “Tal vez un dios nos concederá esa bienaventuranza”. (Horacio, Épodos, XIII, 7)

31 “Como si, con la garganta ardiente, hubiese bebido el agua somnífera del Leteo”. (Horacio, Épodos, XIV, 3)

32 “Nada es más peligroso, para aquel que quiere agradar, que haber hecho que se espere demasiado de sí”. (Cicerón, Académicas, II, 4)

33 “Cosas más simples convienen a los soldados”. (Quintiliano, Institución oratoria, XI, I)

34 “Una acción justa no es verdaderamente justa sino cuando es voluntaria”. (Cicerón, De Officiis, I, 9)

35 “Aquello que el deber ordena, apenas se obtendrá de mi voluntad”. (Terencio, Adelfas, III, V, v. 44)

36 “Una obligación le parece más agradable a aquel que la reclama que a aquel que la cumple”. (Valerio Máximo, II, II, 6)

37 “Es prudente retener, como se hace con el galope de un caballo, el impulso de la amistad”. (Cicerón, De Amicitia, 17)

38 “Los presentes de los grandes me son desconocidos”. (Imitación de Virgilio, Eneida, XII, 519)

39 “En mí reside toda mi esperanza”. (Imitación de Terencio, Adelfas, III, V, v. 9)

40 “¡Un soldado bárbaro tendrá pues estas tierras tan bien cultivadas!” (Virgilio, Églogas, I, 71)

41 “¡Qué miserable es proteger la propia vida con una puerta y unos muros, y estar apenas seguro a pesar de la solidez de la casa!” (Ovidio, Tristes, IV, I, 69)

42 “Incluso en la paz, el temor de la guerra los agita”. (Ibid., III, X, 67)

43 “Cada vez que el destino rompe la paz, la guerra pasa por aquí. ¡Fortuna, más te valdría asignarme un lugar en el Oriente, o bien entregarme una morada errante en el Norte helado!” (Luciano, I, 255 y 251)

44 “¡Tantas formas ha tomado el crimen!” (Virgilio, Geórgicas, I, 506)

45 “Más allá de lo que suponen las fuerzas y la condición de la vejez”. (Virgilio, Eneida, VI, 114)

46 Por entonces se almorzaba hacia las once de la mañana. [N. del T.]

47 “Mi casa flota delante de mis ojos tal como la imagen de los lugares que he dejado”. (Ovidio, Tristes, III, 4, 57)

48 “Que una cifra excluya toda discusión. De lo contrario hago uso del permiso y, tal como quien arranca crin por crin la cola de un caballo, resto una unidad, y luego otra, hasta que no queda nada y hasta que usted resulte vencido por la fuerza de mi razonamiento”. (Horacio, Epístolas, II, I, 38 y 45)

49 “La naturaleza de las cosas no nos ha dado ningún conocimiento del fin”. (Cicerón, Académicas, II,29)

50 “Tu esposa, si te ausentas, se imagina que amas a otra, o que eres amado, o que bebes, o que te diviertes y que sólo tú eres dichoso, mientras que a ella le toca todo el mal”. (Terencio, Adelfas, I, I, 7)

51 Se trata muy probablemente de su amigo Étienne de La Boétie (Sarlat, 1530-Germignan, 1563). Escritor francés notablemente precoz; a los diecinueve años La Boétie redactó el Contr’un, también llamado Discours de la servitude volontaire, publicado póstumamente en 1576, escrito teórico de denuncia de la tiranía. Se ha descrito su relación con Montaigne, que lo conoció en 1557 en el Parlamento de Bordeaux, como una verdadera “comunión de almas”. Montaigne lo consideró su maestro, y es el centro del primer libro de los Ensayos, donde aparecen además veintinueve sonetos de La Boétie, a quien Montaigne sobreviviría por casi treinta años. [N. del T.]

52 Los estoicos, sin duda. [N. del T.]

53 “Sometemos a examen el fondo de nuestro corazón”. (Persio, V, 22)

54 Vale decir, debería haber sido escrito en latín. [N. del T.]

55 “Estas flacas indicaciones le bastan a un espíritu penetrante y te permitirán conocer con facilidad todo lo demás”. (Lucrecio, I, 403)

56 “Es la fortuna la que rige nuestra vida, no la sabiduría”. (Cicerón, Tusculanas, V, 9)

57 “Una comida apropiada más bien que abundante”. (Poema citado por Nonius, XI, 19)

58 “Más alegría que lujo”. (Cornelio Nepote, Vida de Ático, 13)v

59 “Yo rechazaría la sabiduría si ésta me fuera dada bajo reserva de guardarla para mí y de no proclamarla”. (Séneca, Epístolas, I. VI)

60 “Si el sabio tuviese una vida tal que en la abundancia de todas las cosas, y aunque todo aquello que es digno de saberse lo considerara él a su antojo y lo contemplase solo consigo mismo, no obstante fuese tal su soledad que no pudiese ver a ningún hombre, más le valdría abandonar la vida”. (Cicerón, De Officiis, I, 43)

61 “Si el destino me permitiese vivir la vida a mi manera”.

(Virgilio, Eneida, IV, 340)

62 “Feliz de ver los países en los que el sol impera y aquellos en los que abundan las nubes y las lluvias”. (Horacio, Odas, III, III, 54) Nuevamente, ofrecemos esta versión quizá más fiel: “[…] y el dominio imponga en la región que el sol abrasa y en la nublada un temporal continuo”, Odas, III, III, versión de Bonifacio Chamorro, Buenos Aires, Espasa Calpe, Colección Austral, 1946, p. 116.

63 Montaigne recibió al rey Enrique de Navarra en 1584 y 1587. [N. del T.]

64 “El cual, fijo en nuestro corazón, nos consume y nos devasta”. (Ennio, en Cicerón, De Senectute, I)

65 “La fortuna no nos favorece nunca abiertamente”. (Quinto Curcio Rufo, IV, 14)

66 “No hay tranquilidad verdadera sino aquella que la razón ha conquistado”. (Séneca, Epístolas, VI, LVI)

67 “Que un remo roce el agua y el otro la arena”. (Propercio, III, III, 23)

68 “El Señor sabe que los pensamientos de los sabios no son más que vanidad”. (Salmos, XCIII, II, y Epístola a los Corintios, I, III, 20)

69 “Cada uno de nosotros soporta su condena”. (Virgilio, Eneida,

VI, 743)

70 “Debemos actuar de manera tal que no contravengamos las leyes del universo; pero cuando hemos observado esas leyes, sigamos nuestra propia inclinación”. (Cicerón, De Officiis, I, 31)

71 “Que los enfermos angustiados se hagan curar por los grandes médicos”. (Juvenal, XIII, 124)

72 “Nadie cree haber pecado más de lo que está permitido”. (Juvenal, XIV, 233)

73 “Ollus, ¿qué te importa lo que éste o aquél hace de su pellejo?” (Marcial, VII, IX, I)

74 “Que abandone la corte el que quiera ser pío”. (Luciano, VIII, 4

75 “Pero tú, Catulo, persevera en tu obstinación”. (Catulo, VIII, 19)

76 “Cuando veo a un hombre virtuoso e íntegro, comparo este monstruo a un niño de dos cabezas, a los peces que un labrador encontrara bajo la reja de su arado, o a una mula preñada”. (Juvenal, XIII, 64)

77 Antonio, Octavio y Lépido. [N. del T.]

78 “¿Adónde vas por ese otro camino?” (Virgilio, Eneida, V, 166)

79 Fedro. [N. del T.]

80 Títulos de Publio Terencio. [N. del T.]

81 Que significan: el Rojo, el Garbanzo, el Hombre del collar. Cicerón deriva de cicer, “garbanzo”. Torcuato significa “adornado con un collar”. Escila es hija de Niso, rey de Megara. Este rey es invencible en virtud de un mechón de pelo rojo que lleva oculto en su cabellera blanca. Al ser Megara invadida por Minos, Escila se enamora del invasor y para demostrárselo corta el mechón de pelo rojo de la cabeza de su padre. Muerto Niso, caída Megara ante el poder de Creta, Minos mata a Escila por haber desobedecido a su padre. Escila se transforma en ave marina, y es perseguida sin descanso por su padre, convertido en águila marina. [N. del T.]

82 “Lo que sirve de paso no es demasiado útil”. (Séneca, Epístolas, I, II)

83 “No tan mal”. [N. del T.]

84 “Tan grande es el poder de evocación que encierran los lugares: y en esta ciudad ese poder es infinito; en cada sitio en que se entra, se pone un pie en la historia”. (Cicerón, De Finibus, V,I)

85 “Venero a esos grandes hombres y siempre me pongo de pie cuando oigo pronunciar sus nombres”. (Séneca, Epístolas, VII, LXIV)

86 “Más preciosa debido a sus bellas ruinas”. (Sidonio Apolinar, Cantos, XXIII, 62)

87 “Es evidente que en ese sitio único la naturaleza se ha regocijado en su obra”. (Plinio, Historia natural, III, 5)

88 “Cuanto más nos hayamos privado, más recibiremos de los dioses. Aunque pobre, yo pertenezco a la partida de los que no desean nada. A los que mucho reclaman, mucho les falta”. (Horacio, Odas, III, XVI, 21)

89 “Nada más le pido a los dioses”. (Ibid., II, XVIII, II)

90 “Abandono todo el resto a los azares de la fortuna”. (Ovidio, Metamorfosis, II, 140)

91 “Nada de bueno puede nacer, a tal punto está corrupta la simiente”. (Tertuliano, Apologética)

92 “A partir del informe hecho al Senado por Orazio Massimi, Marzo Cecio, Alessandro Mutti, conservadores de la ciudad de Roma, en lo referente al derecho de ciudadanía a ser acordado al ilustrísimo Michel de Montaigne, caballero de la orden de San Miguel y gentilhombre de la cámara del muy cristiano Rey, el Senado y Pueblo de Roma ha decretado:

Considerando que, por obra de una antigua costumbre, han sido adoptados con ardor y diligencia entre nosotros aquellos que,

distinguidos en virtudes y en nobleza, habían servido y honrado a nuestra república o podían hacerlo un día, nosotros, llenos de respeto por el ejemplo y la autoridad de nuestros ancestros, creemos nuestro deber imitar y conservar esta loable costumbre. Por estas causas el ilustrísimo Michel de Montaigne, caballero de la orden de San Miguel y gentilhombre de la cámara del muy cristiano Rey, muy afanoso por el nombre romano, que siendo, por el rango y lustre de su familia, y por sus cualidades personales, muy digno de ser admitido al derecho de ciudadanía romana por el supremo juicio y el sufragio del Senado y Pueblo romano, le plugo al Senado y Pueblo romano que el ilustrísimo Michel de Montaigne, adornado de todos los méritos, y muy caro a este noble pueblo, fuese inscrito como ciudadano romano, tanto para él como para su posteridad, y llamado a gozar de todos los honores y ventajas reservadas a aquellos que han nacido ciudadanos y patricios de Roma o han devenido tales por excelentes razones. Por lo cual el Senado y pueblo romano piensa que concede menos este derecho de ciudadanía al susodicho Montaigne de cuanto contrae una deuda y que es menos un servicio que ofrece que un servicio que recibe de aquel que, al aceptar este derecho de ciudadanía, honra y enaltece a la ciudad misma.

Los conservadores han hecho elevar en forma de acta la antedicha decisión por los secretarios del Senado y Pueblo romano, la han hecho registrar en los archivos del Capitolio y han hecho estampar sobre el antedicho privilegio el sello de la ciudad. En el año 2331 de la fundación de Roma y el año 1581 del Cristo, el día 13 de marzo. ORAZIO FOSCO, Secretario del sacro Senado y Pueblo romano, VINCENTE MARTOLI, Secretario del sacro Senado y Pueblo romano.